

BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL RETRATO DE MARVIN DORS
JOE MOGAR

Su voz se quebró en un espasmo, y su rostro, que hacía apenas unos segundos era bello, hermoso, se volvió terroso, macilento, desencajado.

Trataba de moverse y no podía. Sus agarrotados músculos no se movían, no obedecían a su mandato.

Tampoco sus desorbitados ojos, casi fuera de sus cuencas, reflejando el horror, el pánico, la angustia que la poseía.

Quería apartarlos del féretro negro, con fondo de zinc, pero no podía. Deseaba desviarlos del cadáver de Marvin Dors que yacía en su interior, putrefacto, hediendo, haciendo casi irrespirable el ambiente mientras que cientos, miles de moscas, rebullían sobre él, en un no menos horrible festín.

El entrechocar de los dientes de Nora fue como una señal, como un clarín de guerra que las incitara a la batalla, que las levantó, zumbando.

Una nube de asquerosos moscardones, de patas peludas, de grandes cabezas y no menos grandes alas. Nube que dio una vuelta, dos, sobre la habitación, mientras que las otras, inmóviles sobre el cadáver de Marvin, parecían observar el atroz vuelo de sus compañeras.

Una vuelta más, y de un modo repentino, Nora notó la primera sobre su pelo, otra más en el rostro, en la nariz, cubriendo sus hombros. ¡Querían su sangre, su carne joven, viva…!



Joe Mogar

El retrato de Marvin Dors

Bolsilibros: Selección Terror - 37

ePub r1.0

Titivillus 05.02.15

Título original: *El retrato de Marvin Dors*
Joe Mogar, 1973
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Hacía tiempo que no iba por allí.

No sabía cuánto, pero tenía la vaga sensación de que era así. Tal vez un par de meses, quizá menos.

Miró el fondo de su vaso, y por primera vez se preguntó cuántos *whiskys* había tomado aquella noche.

¿Tres, cuatro, media docena…? Tal vez menos o quizá más. Ésa era otra de las cosas que tampoco sabía: sólo una cosa cierta había en su mente, que tenía que ir, que hablar con ella como fuese.

Habían roto, eso era todo, y ahora se casaba.

Frunció el ceño, y de nuevo, una pregunta más se abrió paso en el interior de su mente, una pregunta que en realidad era la misma que otras veces; la misma que terminaba de formularse no hacía ni un par de minutos, o quizá segundos: ¿Debía o no hablar con ella antes de su boda? Y otra más: ¿Cuánto tiempo hacía que no veía el retrato de Marvin Dors?

Se encogió de hombros, estremecido un tanto, elevó el vaso y terminó con el resto del licor.

Marvin Dors y la vieja casona de los Dors. Lo uno iba unido a lo otro… y las leyendas.

Ed Davis trató de forzar una risita pero no pudo.

La verdad es que aquel retrato le había impresionado, como también impresionaba a Nora, como impresionaba a todos cuantos le veían. Una vieja pintura del año 18…

Algo que se relacionaba, también, con Helen.

Era una vieja cadena de años, de más de ciento treinta años… lo que a él nada le decía. Sólo Nora y la vieja casona, a la que ella juró, un día, que no regresaría jamás.

Ahora… iba a contraer matrimonio con Lajos Sterling, un brillante ingeniero.

¿De qué?

Era curioso lo que le ocurría, pero lo cierto es que tampoco lo recordaba. Sólo el rostro y los ojos de Marvin, sólo el rostro y los ojos de Nora… Nora Dors, el retrato y la casona… Helen Dors, la casona y el retrato, y él y Lajos Sterling.

El hombre que se llevaba en buena lid a lo que él tanto amó.

¿Ir a ver a Nora?

Miró al *barman* que solícito se encontraba frente a él, a su vez observándole atentamente.

Davis desvió los ojos de aquel rostro y los clavó en el espejo que había en la estantería, al otro lado de la larga y pulida barra, repleta de botellas.

Estaba pálido, casi cadavérico…; dentro de poco sus ojos y su rostro se desencajarían, y no deseaba que le vieran de aquel modo. El fantasma de años, de siglos, se iba a apoderar de nuevo de su espíritu.

—¿Le sirvo otro?

Davis sacudió la cabeza sacada violentamente de sus pensamientos.

—No, gracias —dijo. Señaló el vacío vaso que había a su lado, y preguntó—: ¿Cuánto le debo?

—Medio dólar.

Davis extrajo un billete del bolsillo, lo depositó junto al vaso y dijo:

—Guárdese el cambio.

Antes de que el barman pudiera pronunciar una sola palabra, dio media vuelta y salió a la calle.

Sobre los edificios, en la inconmensurable altura, entre brillantes estrellas, la luna intentaba brillar con su luz plateada, por entre los tubos de neón, los anuncios cambiantes y luminosos de los escaparates, de los comercios de las joyerías, pero Davis ni siquiera se dio cuenta de aquello.

En realidad, no se daba cuenta de nada. Sólo de que su coche estaba allí, estacionado junto al bordillo de la acera, frente a la puerta del bar del que acababa de salir.

Abrió la portezuela, subió, se colocó al volante, embragó, y unos segundos más tarde el Mercury, pintado en negro brillante, se despegaba del bordillo y empezaba a correr por la amplia calzada, buscando la salida de la ciudad, para luego, emprender veloz

marcha por la carretera, hacia la bahía, hacia los acantilados.

Abajo, muy abajo, las olas, las terribles olas, estrellándose contra las rompientes.

Por allí, hacía ciento diez años, poco más o menos, cayó otro de los Dors. Un suicidio, un terrible suicidio, según la leyenda, que llenó de oprobio y consternación a la familia, cuyos últimos descendientes la borraban del mapa al perder sus apellidos, ya que eran hembras; Nora y Helen Dors.

Y Nora se casaba dentro de aquella misma semana.

* * *

Desde la carretera, ya a menos de media milla, Nora Dors la miró.

En sombras, grande, inconmensurable, siniestra… o por lo menos, a ella siempre se lo había parecido.

Cerró los ojos y trató de recordar.

No tenía que esforzarse mucho para conseguirlo. Se sabía de memoria la distribución de las habitaciones, la ancha escalera con barandal de madera que arrancaba casi frente a frente de la puerta de acceso al exterior de la mansión, pero al otro lado del amplio y grandioso *hall*.

Los muebles, los sillones, los cuadros de más o menos valor, y arriba, al fondo del pasillo alumbrado con dos lámparas, dos grandes lámparas de lágrimas, la habitación de Marvin Dors.

Su habitación y también su retrato. Y los ojos…; ojos que según la opinión de todos, eran un vivo retrato, y valga la redundancia, de los suyos propios.

¿Para qué había ido allí?

¿Qué hacía en plena noche, bajo la luna llena, en plena carretera, junto a la curva que si la tomaba la desviaría de aquella misma carretera para adentrarse entre viejos y añosos, altivos y nudosos árboles, enredaderas, plantas trepadoras y macizos de plantas y flores mal cuidadas, hasta el amplio porche de la semiabandonada mansión, rematado por cinco escalones que en otro tiempo fueron de mármol blanco, pero que ahora estaban desgastados, descoloridos por las lluvias, las tormentas y el paso

inexorable de los años?

Con mano nerviosa, Nora rebuscó en la guantera de la portezuela derecha del coche que conducía, un Jaguar pintado en rojo brillante, un convertible que valía una fortuna, dotado de todas las comodidades, incluso de teléfono, y con una mano no menos nerviosa encendió un cigarrillo.

Arriba, sobre su cabeza, entre las estrellas, la luna llena brillaba como si fuera de plata.

A su alrededor, todo era silencio.

Desde allí no se oía el ruido de las olas al estrellarse contra las rompientes.

Calma, paz y tranquilidad, pero ella sabía que aquello sólo era ficción.

¿Ficción? ¿Por qué?

Lo cierto es que se estaba poniendo nerviosa, y para evitarlo, sacudió la cabeza, con un esfuerzo desechó aquellos pensamientos y trató de encauzarlos por otros derroteros más en consonancia con su situación del momento.

Lajos Sterling y ella iban a contraer matrimonio muy pronto. La vieja mansión que ahora estaba silenciosa, vacía, en sombras, pronto se animaría. Luego, saldría de allí para no volver. Era lo que deseaba. Helen, su hermana Helen, no compartía su opinión. Ella siempre había amado la vieja mansión con sus recuerdos, con sus leyendas, con el retrato de Marvin Dors. Dijo… sí, en una ocasión, había dicho que tío Marvin, como se había dado en llamarle, debería trasplantarse a la época en que estaban viviendo, para que cuidara de ellas.

Adoraba aquel cuadro, y la fascinaba aterrorizándola al mismo tiempo.

El terror empezaba a adueñarse de nuevo de ella.

La sacudida de sus redondos y morenos hombros no ofrecía la menor duda.

Nora fumó, de nuevo nerviosa, y luego, adoptando una decisión, aplastó el cigarrillo contra el cenicero del coche, quitó el freno de mano, embragó, y lentamente primero, más rápidamente después, avanzó hacia la entrada del ancho y mal cuidado camino que conducía a la quinta, a la casona de los Dors, de ella misma, de sus antepasados.

Nunca supo cuánto tiempo tardó en llegar, pero de pronto se vio frente al porche, notando asombrada que acababa de detener el rojo convertible frente a los escalones, que tenía la mano en la manija de la portezuela, y que la estaba abriendo, ahora sin miedo alguno.

No se entretuvo en analizar aquello.

Terminó de abrirla, tomó el bolso, se lo puso en bandolera, ascendió los escalones, cruzó el ancho porche y frente a la puerta de entrada descolgó el bolso, lo abrió, tomó la llave, grande y pesada, de hierro, y la introdujo en el ojo de la cerradura.

No sin esfuerzo, Nora la hizo girar y empujó.

Chirriaron los goznes, y su chirrido tuvo ecos lúgubres y siniestros en el interior del caserón, pero ella no se dio cuenta de nada de aquello.

Cruzó el umbral con paso firme, tanteó el marco sabiendo que había luz, lo mismo que teléfono si lo necesitaba. Helen, su hermana Helen se cuidaba de todo aquello. Antes… faltaría para otra cosa que no para aquellos menesteres.

Lo hizo girar y de un modo súbito, que la hizo parpadear, la lámpara del techo se iluminó disipando las sombras.

Nora dio un par o tres de pasos hacia adelante y se detuvo mirando a su alrededor. Viejo, todo viejo, muy viejo, lo que la hacía pensar que acababa de traspasar una barrera, un puente, hacia el pasado trasladándola un siglo atrás de su época.

Nora retrocedió, cerró la puerta, dejó la llave en la cerradura y sin una sola vacilación empezó a cruzar el *hall* hacia la escalera.

Comenzó a subir.

Treinta minutos más tarde había visto el interior de todas las habitaciones del piso alto. Todas, excepto una; la de Marvin Dors.

Retrocedió sobre sus pasos apagando las luces a medida que llegaba a los interruptores, y llegó a la escalera.

Miró hacia abajo, en dirección al *hall*, y entonces, con la mano izquierda crispada se sujetó a la barandilla mientras que su derecha, obrando por cuenta propia, iba a sus firmes pechos, apenas cubiertos por la escotada blusa, tratando de ahogar el grito que pugnaba por brotar de su garganta.

Con el rostro ceniciento, los ojos desorbitados, respirando entrecortadamente, inmóvil, incapaz de moverse, le miró.

Alto, seco, casi cadavérico, pálido, casi tanto o más pálido que

ella misma, el hombre estaba allí en el centro del *hall*, vuelto a la escalera, examinándola de pies a cabeza.

No llevaba sombrero, y desde allí, pudo ver las hebras de plata de sus sienes, y también se dio cuenta de otra cosa, de que vestía un traje gris de impecable corte y que los zapatos negros brillaban como un espejo.

—La he asustado, ¿verdad, *miss* Dors? Porque usted es *miss* Nora Dors.

Aquello último era más afirmación que una pregunta.

Nora tragó saliva, sus pechos se agitaron bajo la blusa y tratando de que su voz sonara firme, cosa que consiguió a medias, respondió:

—Sí, así es. ¿Y usted? ¿Quién es usted?

—Si tiene la amabilidad de descender hasta aquí, se lo diré.

Empezó a hacerlo, muy lentamente sin dejar de sujetarse a la barandilla, temblándole las piernas.

El de abajo pensaba.

Nora Dors, veintidós años, morena, de pelo largo, casi hasta media espalda, ojos grandes, verdes, brillantes y algunas veces malignos como los de una serpiente o como los de un felino.

Bella muy bella. De cuerpo escultural. Una blusa y una minifalda que dejaba al descubierto unas esbeltas piernas de largos muslos, rematados por un pie pequeño calzado con zapato de alto tacón.

Piernas envueltas en medias caras, de nylon.

Nora llegaba al primer descansillo cuando preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Cómo ha entrado aquí?

El desconocido sonrió, y a pesar de su aspecto, aquella sonrisa empezó a tranquilizarla a pasos agigantados.

—¿Quién…?

—Todo a su debido tiempo, *miss* Dors —cortó el visitante—. Vamos, termine de descender, y siéntese por ahí. Esos sillones me parecen muy cómodos.

—Lo son. Y si quiere usarlos…

Estaba tranquila ahora, perfectamente tranquila.

—Lo haré. Ahora si me dice dónde guarda los licores, le prepararé una copa. Creo que después del susto que le di, le está haciendo falta un buen trago.

—Lo que no me dice quién es usted ni cómo ha entrado aquí —cortó ella—. Vamos, hable, ¿qué quiere?, ¿qué hace aquí?

—Policía —repuso él, calmosamente—. Inspector Merrill, del Departamento de Homicidios.

Nora estaba pisando el *hall* cuando se detuvo en seco.

Frente a ella, la sonrisa de Merrill era cordial, tranquilizadora para los nervios de ella.

—¿Poli…?

—Eso no importa en este momento, *miss* Dors —cortó Merrill—. Si me dice dónde…

—No sé si habrá o no licor —le interrumpió a su vez ella—. Pero si hay, tiene que estar en aquel armario.

Y señaló hacia el fondo del *hall*, mientras se iba acercando a uno de los amplios sillones donde se dejó caer, cabalgando una pierna sobre la otra.

Le miró.

El policía estaba llegando al armario, sin volver el rostro para mirarla.

CAPÍTULO II

Le vio abrirlo, introducir la mano y sacar un par de botellas que examinó siempre vuelto de espaldas.

—¿Le apetece un coñac, *miss* Dors?

Nora se estremeció sin poderlo evitar.

—Es lo único que encuentro aquí. Y un buen coñac a fe mía. Una reserva de 1812.

—Sí —repuso ella—. Es… bueno, esas botellas pertenecieron a… a Marvin Dors. Deme una copa, por favor.

Siempre sin mirarla, Merrill inquirió:

—¿Marvin…? ¿Marvin Dors, ese chiflado antepasado suyo?

Nora respingó sobre el sillón.

—¡No era ningún chiflado, polizonte! Por lo menos, no que yo sepa.

Merrill no contestó, se limitó a buscar una copa y con ella en la mano, mediada de licor, se acercó.

—¿Usted no bebe? —preguntó Nora.

—Jamás lo hago. Ni aun cuando no estoy de servicio.

Alargando la mano para tomarla, la muchacha replicó:

—Lo que quiere decir que esta noche sí lo está, ¿verdad? Bueno, ¿qué desea de mí? ¿Para qué ha venido, y sobre todo, cómo sabía que esta noche yo vendría a la casona?

Merrill guardó silencio por espacio de varios segundos, y luego replicó:

—Creo preferible, *miss* Dors, que se tome esa copa antes. Le va a hacer falta… y créame que lo siento.

Su voz era tranquila, tan suave como tranquilizante para ella, pero a pesar de tener conciencia del hecho, volvió a estremecerse.

—¿Qué… qué… va… a…? —empezó.

Pero Merrill la interrumpió.

—Vine a hacerle unas preguntas, *miss* Dors.

—¿Preguntas? ¿Sobre qué?

—En primer lugar sobre su hermana Helen.

Nora arqueó una de sus finas cejas, en señal de asombro, instantáneamente después se llevó la copa a los labios, bebió un poco y preguntó:

—¿De mi hermana? ¿Por qué? ¿Qué es lo que ocurre con ella, teniente?

—Inspector —corrigió él con una sonrisa—. Inspector, si no le importa.

—Bien, hable, le escucho.

—¿Cómo se llevaba usted con ella?

Nora contuvo la respiración en tanto que una idea, una extraña idea intentaba abrirse paso en el interior de su mente.

—Bien —dijo tras unos segundos de silencio—. Nos queremos mucho, míster Merrill. Eso lo sabe todo el mundo. ¿Por qué? ¿Qué le ha sucedido a Helen?

Merrill inclinó un tanto su cadavérica cabeza y clavó los ojos en el suelo encerrándose en un silencio que a ella se le antojó horrible.

—¿Qué es…? ¿Por qué no contesta? ¿Es que… que ha muerto?

Merrill levantó el rostro y la miró.

—Sí —repuso suavemente, y ella soltó la copa y se llevó las manos al pecho—. Ha sido así, por desgracia.

Siguió un silencio que se retorció como una culebra.

—¿Cómo… cómo fue?

—Se ahogó. Un accidente.

Nora se puso en pie de un salto.

—¿Que se…? ¡Miente usted, inspector! Helen no se ahogaría ni en el centro del Pacífico, completamente sola. Era un tiburón nadando.

—Se ahogó, *miss* Dors —cortó Merrill calmosamente, sin descomponerse—, y lo siento. Lo siento por usted.

Nora se tambaleó, se rehízo en contados segundos, y preguntó:

—¿Cómo fue, inspector?

—No lo sabemos. Lo que sí es cierto, es que fue un accidente.

Fuera, en la carretera, un coche se estaba acercando a la vieja casona, a buena velocidad, pero ni Merrill ni Nora lo sabían.

En el interior, la muchacha le miraba con los ojos muy abiertos, acusando en los senos lo agitado de su respiración.

Hasta que respondió:

—¿Dónde… dónde la llevaron, inspector?

—A la Morgue. Era el único lugar posible. Compréndalo *miss* Dors, y dé gracias a que ha sido un accidente.

Ella le miró suspicaz.

—¿Por qué tengo que dar…?

—Bueno, de no ser así, hubiera tenido que hacerle infinidad de preguntas, de no saber que mientras ella moría, usted llevaba el volante de su coche hacia aquí.

—¿Cómo sabe eso?

Una vez más, Merrill le dedicó una sonrisa.

—Yo sé muchas cosas, *miss* Dors. Muchas. Tantas que… —vaciló unos segundos en tanto que Nora le miraba atentamente, y disparó la pregunta casi con violencia—: ¿Dónde conoció a Lajos Sterling, *miss* Dors? Creo que es su prometido, ¿no?

—¿Qué está tratando de insinuar, inspector?

—¿Yo? Nada. Sólo que… Bueno, de ser un crimen, él también hubiera tenido que explicar varias cosas.

Estaba pálida, casi asustada, angustiada, pero ni en su voz ni en el brillo de sus ojos podía apreciarse lo que había en su interior.

Por tanto contestó con voz firme, exactamente como si la muerte horrible de su hermana no la afectara para nada cuando era lo contrario:

—¿Qué cosas, inspector?

Una vez más, la fácil sonrisa de Merrill asomó por entre sus delgados y pálidos labios.

—¡Oh! —exclamó—. Comenzando por el principio, usted era una buena sospechosa. La primera a mi entender.

Nerviosamente, Nora elevó la copa y de un sorbo terminó con el resto del coñac.

—¿Por qué? —preguntó.

Y él pudo ver en sus ojos, en lo más profundo de sus verdes pupilas, algo de terror incontrolable.

—Por la herencia. Las dos disfrutaban de una fortuna de millones, ¿no? Si una muere la otra hereda. Ése es el testamento. Como ve, un buen motivo.

—¿Cómo diablos sabe…?

—Le dije que yo sabía muchas cosas de usted. Casi tantas o más

que sé con respecto a míster Lajos Sterling.

—¿Y qué sabe de mi prometido?

—Nada y todo —fue la enigmática respuesta que obtuvo de Merrill—. Nada, salvo que va a cometer una equivocación al contraer matrimonio con él.

Por segunda vez en pocos minutos, Nora se puso en pie, y ahora en sus ojos había algo diabólico al responder:

—Creo, inspector, que se está metiendo en algo que no le importa. Que ni le va ni le viene. Por lo tanto…

Merrill levantó una mano en señal de paz, y Nora se interrumpió en seco.

—No me gustan los ingenieros —dijo, con suavidad—. Por otra parte, usted es muy dueña de hacer lo que le venga en gana, *miss* Dors. Fue un comentario y nada más. De mal gusto, desde luego, pero comentario al fin —y lo mismo que la vez anterior, preguntó sin transición alguna—: ¿Qué hay de su antiguo prometido? Creo que se llamaba o se llama Edward Davis, ¿verdad?

El bello rostro de la muchacha se nubló.

—Hace algunos meses que no le veo, inspector —hizo una ligera pausa y añadió con ironía—: No sospechará de Ed como posible culpable del accidente de mi hermana.

—¡Por supuesto que no! —cortó Merrill, y por no perder la costumbre, formuló una nueva pregunta—: ¿Qué hay de ese viejo retrato?

Nora dio un paso hacia él, con los ojos brillantes.

Fuera, el coche estaba entrando en el camino que desde la carretera iba hasta la puerta de la casona.

En el interior, Merrill soltó una tenue risita, mientras ella daba la respuesta:

—¿Qué viejo retrato?

—De ese antepasado suyo. De Marvin Dors.

A sus palabras siguió un largo silencio y mientras que el conductor del coche rodeaba la casona para estacionarlo detrás, al ver delante, junto a los escalones del porche el convertible rojo, Nora lo rompió:

—Me gustaría saber una cosa, inspector —dijo, con extraña suavidad—. Que me dijera, de una vez por todas, si lo de mi hermana fue un desgraciado accidente, por el cual estoy

profundamente afectada, qué es lo que quiere, y qué busca aquí.

—Vine para comunicárselo oficialmente, y para pedirle que tenga cuidado.

—¿Yo? ¿Por qué?

La sonrisa de Merrill era la de un cadáver cuando respondió:

—Todos estamos expuestos a sufrir accidentes más o menos extraños, *miss* Dors. Desde tiempo inmemorial. Incluso ese… Marvin… podría decirle algo sobre aquel suicidio que sumió a sus antepasados en…

—¡Cállese!

Fue casi un grito, y Merrill la miró con asombro.

—Pero *miss*…

—¡Cállese! Y si ya cumplió con su deber, lárguese de una vez y déjeme sola. Estoy… estoy a… a… a punto de ponerme a chillar. Vamos, ¿a qué espera?

Merrill no respondió, con la misma cadavérica y extraña sonrisa de antes dio media vuelta y se acercó a la puerta. Nora vio cómo hacía girar la llave en la cerradura y cuando abrió el chirrido de los goznes la sacudió de pies a cabeza como en un espasmo de terror.

Cruzaba el umbral.

No, no lo hacía, se detenía ahora.

Iba a volverse.

Pero no lo hizo. Se detuvo, sí, vaciló un poco, y hasta los oídos de Nora llegó su voz:

—Cuídese, *miss* Dors; es un consejo de amigo, aunque usted no lo crea.

Abrió la boca, tal vez para soltar alguna inconveniencia, pero Merrill ya no estaba allí. Se había ido, se había esfumado tan misteriosamente como entró.

Nora miró a su alrededor.

¿Producto de una pesadilla?

No, no lo era, por supuesto que no, la puerta abierta, como una invitación para que saliera de allí, para que abandonara la casona en aquel mismo momento, era un mudo testigo de que efectivamente, el inspector Merrill del Departamento de Homicidios había estado allí.

Lentamente se acercó a la puerta, puso la mano sobre la pesada hoja de madera y miró al exterior, pero no cruzó el umbral hacia

fuera.

Una vez más tenía miedo, una vez más, como cada vez que entraba en aquella casa las piernas le temblaban y sus dientes amenazaban con empezar a entrechocar.

La cerró, con doble vuelta de llave y se volvió en redondo, buscando con los ojos la botella de coñac. Se sirvió una copa minutos más tarde y trasegó el licor de un sorbo, y escanció de nuevo, llenándola ahora hasta el borde.

Fue al sillón, pero no se sentó.

Con la copa en la mano permaneció ensimismada en sus pensamientos. Su hermana Helen, su prometido y el que anteriormente lo fuera, Ed Davis, saltaban al interior de su mente en una mescolanza terrorífica.

Y el cadáver de Helen flotando sobre las olas, horrible en su hinchazón, arrastrado hacia…

¿Dónde?

Ni siquiera le había preguntado a Merrill dónde la habían encontrado.

Volvió los ojos hacia el teléfono, dio un paso, luego otro, y se detuvo, agarrotada, con miedo, con terror.

No, no deseaba telefonear, no deseaba preguntar a nadie, no quería enfrentarse con los hechos, sencillamente porque no encontraba valor para hacerlo.

Fuera, en el firmamento, la luna llena parecía hacer guiños burlones sobre la casona, pero ella, en el interior, ni se daba cuenta de nada.

Tampoco el hombre que desde hacía varios minutos, desde la esquina, observaba la entrada principal, y el Jaguar estacionado allí.

Un coche que traía a su mente multitud de desagradables recuerdos.

CAPÍTULO III

Bebió una vez más, mirando hacia la escalera.

Todo estaba en orden, todo, menos la habitación de Marvin Dors, que no había querido ver, ya que junto a la puerta de acceso, había sentido cómo sus músculos se agarrotaban y sus piernas se negaban a dar un paso más en aquella dirección.

Soltó la copa, sobre la mesita y tras una larga y nueva mirada a su alrededor, Nora se encaminó hacia la escalera.

Bolso en mano, bolso en bandolera. Ahora tenía sueño, deseaba dormir, pero al mismo tiempo comprendía que allí jamás conseguiría conciliar el sueño.

Entonces, ¿por qué subía de nuevo allí?

Se encogió de hombros sin saber lo que pensar.

Fuera estaba su coche, no tenía nada más que dar media vuelta, descender los escalones que ahora estaba subiendo, atravesar el *hall* en sentido inverso, abrir la puerta y salir.

El volante y la carretera, y su quinta, su cabaña de la carretera Estatal 21, pero no hizo nada de aquello, sino que continuó subiendo.

Alcanzó el pasillo, a tientas buscó el interruptor de la luz y la encendió.

Cuatro puertas a la derecha y dos a la izquierda. Al fondo otra puerta, cerrando el pasillo. La habitación, el dormitorio de Marvin Dors, y en el interior, también al fondo, una gran ventana, enrejada, con cristalera transparente y los grandes cortinajes de brocado, ahora carcomidos por la polilla, que cerraban el paso a la luz procedente del exterior, de la parte trasera de la casona.

Más allá, pero no mucho, los acantilados, y el ruido de las olas al estrellarse contra las rompientes, y el cadáver de la pobre Helen flotando entre las olas, unas veces bajo el agua, otras, entre dos aguas y las menos flotando entre espumas.

Y sus largos cabellos oro retorciéndose como serpientes, como si quisieran asirse a las cresta de aquella olas, que habían sido su muerte.

Nora apartó la mano del interruptor y avanzó por el pasillo. Su habitación, su pequeño dormitorio, el que ocupara cuando niña, conjuntamente con Helen, la atraía ahora como impulsada por una extraña fuerza. Como si la propia Helen la llamara como había hecho tantas y tantas veces en sus juegos de niñas y más tarde de adolescentes.

El zumbido la sorprendió justo en el momento en que ponía la mano en el tirador para abrir.

Nora se detuvo en seco, vaciló, y ladeó el rostro para mirar a su alrededor.

Nada.

Silencio. Era, posiblemente, ilusión de sus…

El zumbido se repitió, ahora con más intensidad.

De nuevo, Nora alzó la cabeza tratando de descubrirlo, pero sin conseguirlo. Y continuaba zumbando. Era como un aleteo, que crecía de pronto, y del mismo modo perdía intensidad.

«Un moscardón», pensó.

Escuchó; el zumbido seguía, al que ahora, en aquel momento, se unían otros más.

Apartó la mano del tirador y se volvió en redondo.

Moscas, o moscardones como ya pensara antes. Pero ¿dónde?

Dio unos cuantos pasos por el pasillo, y los zumbidos cesaron repentinamente.

A su vez, Nora se inmovilizó, escuchando.

Ya no se oían.

Se acercó de nuevo a la puerta del que antaño, cuando aún vivían sus padres, fuera su dormitorio y el de su hermana, pero no llegó, porque ahora, el zumbido fue mucho más intenso que el anterior.

Moscas. ¿Dónde?

Miró, como fascinada, con los grandes y bellos ojos muy abiertos, hacia la cerrada puerta de la habitación en una de cuyas paredes, aún, se conservaba el retrato del que en vida se llamara Marvin, y extrañas ideas seguidas de más extrañas historias y leyendas, cruzaron por el interior de su cerebro con velocidad

relampagueante.

Moscas.

Las oía zumbar una vez más.

En la habitación.

Una habitación que sólo se abría cuando la pobre Helen se encontraba en la casona. A ella sí le había gustado siempre entrar allí, y pasarse los minutos o las horas frente al retrato, observando aquellos ojos malignos y la sonrisa entre cínica y cruel de aquellos labios que un día tuvieron color y calor.

Labios que un día besaron a mujeres.

¡Moscas!

Habían callado, habían dejado de oírse.

Nora no se explicaba aquello. Recorrió toda la casa, no hacía mucho, antes de que el inspector Merrill le diera la tremenda noticia, y no las había oído.

Acuciada por la curiosidad más que por el miedo, pensando que si era cierto debía abrir la ventana de la habitación para que se fueran, aunque no lo harían hasta el día siguiente, cuando brillara el sol, se acercó a la puerta cuyo umbral raras veces traspasaba, puso la mano en el tirador, y el zumbido, que se elevó *in crescendo*, como abejas de una colmena, la envolvió.

Tuvo unos instantes de vacilación, inició el movimiento para dar media vuelta, y en aquel momento, la luz se apagó.

Nora desencajó los ojos.

—No…, por favor, no…

Pensaba en lo sobrenatural, y se pegó a la puerta, mientras que a su espalda, dando la sensación de que procedían de todas partes y al mismo tiempo de ninguna, las moscas empezaban a zumbar.

Moscas, si era aquello.

Roce de pies, como de alguien que estuviera descalzo.

Nora gimió, dio un paso, luego otro, y con un ligero grito empujó la puerta y cruzó el umbral.

Dos, tres pasos hacia el interior de la habitación, y llevándose las manos al pecho desencajó los ojos.

—¡No…! ¡Eso no! No… puede ser. ¡No…!

Su grito taladró la noche, atravesó la puerta y los cristales de la ventana y saltó al exterior, hacia la carretera.

—No… Aggg…

Su voz se quebró en un espasmo, y su rostro, que hacía apenas unos segundos era bello, hermoso, se volvió terroso, macilento, desencajado.

Trataba de moverse y no podía. Sus agarrotados músculos no se movían, no obedecían a su mandato.

Tampoco sus desorbitados ojos, casi fuera de sus cuencas, reflejando el horror, el pánico, la angustia que la poseía.

Quería apartarlos del féretro negro, con fondo de zinc, pero no podía. Deseaba desviarlos del cadáver de Marvin Dors que yacía en su interior, putrefacto, hediendo, haciendo casi irrespirable el ambiente mientras que cientos, miles de moscas, rebullían sobre él, en un no menos horrible festín.

El entrechocar de los dientes de Nora fue como una señal, como un clarín de guerra que las incitara a la batalla, que las levantó, zumbando.

Una nube de asquerosos moscardones, de patas peludas, de grandes cabezas y no menos grandes alas. Nube que dio una vuelta, dos, sobre la habitación, mientras que las otras, inmóviles sobre el cadáver de Marvin, parecían observar el atroz vuelo de sus compañeras.

Una vuelta más, y de un modo repentino, Nora notó la primera sobre su pelo, otra más en el rostro, en la nariz, cubriendo sus hombros. ¡Querían su sangre, su carne joven, viva…!

Su inmovilidad se rompió y manoteó frenéticamente en tanto que un grito horrible, infrahumano, nacía en su garganta.

—¡No…! ¡Por favor! No… No… ¡Ay…! No…

Corrió tratando de ganar la puerta.

Los cirios que había encendidos junto al féretro, dos en la cabecera y otros dos en los pies, alumbraban la escena llenando la habitación de luces fantasmales.

Se ahogaba, vacilaba, manoteaba desesperadamente, notándolas en las piernas, en las manos, en los brazos, en los muslos, y volvió a gritar haciendo estremecer la casona.

—¡No…! Eso no… Es… horri…ble…

Su voz se apagó en un murmullo, en un gorgoteo, ya no tenía voz, ya no tenía casi fuerzas; el zumbido que llenaba la habitación de Marvin Dors era ensordecedor, pero la puerta estaba allí, frente a ella, al alcance de su mano, pero cerrada, cuando tenía la seguridad

de haberla dejado abierta.

Gimió algo ininteligible y frenéticamente accionó el tirador.

Se abría. ¡Se abría!

Cruzó el umbral.

A su espalda, los asquerosos moscardones, zumbaban sobre el cadáver.

El pasillo, a oscuras. Nora gritó de nuevo y empezó a correr. Hasta hacía unos segundos, o minutos, sus piernas se habían negado a sostenerla, a que efectuara un solo movimiento. Ahora, por contraste, parecían haber nacido alas en ellas.

Alcanzó el centro del pasillo, se detuvo jadeando, faltando aire a sus pulmones, y se llevó las manos a la garganta recostándose contra la pared. Miró hacia atrás, hacia la habitación, entrechocando los dientes una vez más.

No veía nada, la oscuridad era densa.

Su corazón empezaba a latir con más calma, ya no golpeaba en el interior de su pecho, pero estaba temblando.

Trató de andar, y ante su asombro vio que podía hacerlo. Temblándole las piernas, pero lo hacía, deslizándose por la pared hacia la escalera, también en sombras.

Un corte o tal vez los fusibles se habían fundido.

Una puerta.

Estremecida, abriendo mucho los ojos, como si quisiera taladrar la espantosa oscuridad que la envolvía, Nora, tanteándola con los dedos, pasó al otro lado.

Un paso más, otro, un tercero, y de modo repentino la luz se encendió en toda la casona.

Se detuvo en seco, parpadeando, respirando más a gusto, luchando contra el deseo que tenía de volver la cabeza para mirar la puerta tras la cual había visto…

—¡Oh, no! —murmuró—. No… no es posi…ble…

Dio otro paso, dando ya la espalda definitivamente a la puerta, y entonces sobre sus hombros, vio las manos sarmentosas, de unas largas uñas curvadas, sintió frío cuando se posaron en su cuello y empezaron a apretar.

Nora se debatió, alzó el rostro y entonces, sobre su cabeza, le vio.

Huesos blancos, desdentadas encías, los grandes y descarnados

orificios de la nariz y las cuencas vacías… rotos, astillados los huesos en algunos puntos de los pómulos.

—¡Soco…rro…! —gritó—. ¡No…!

Entonces se desmayó, las manos dejaron de presionar en su morena y bella garganta de cisne y cayó al suelo, hecha un ovillo.

Abajo, en el *hall*, alguien saltó contra uno de los cristales de la ventana que a su vez saltaron en mil pedazos y la sombra, envuelta la cabeza y los brazos en la americana, rodó sobre las losas del suelo, dio varias vueltas y luego se puso en pie.

Unos segundos más tarde, la americana, rasgada en algunos puntos, había recobrado su lugar habitual.

—Nora… ¡Nora! —llamó.

El silencio, después de que el eco repitiera el nombre, alargado al final hasta lo inverosímil, fue la respuesta.

—Nora… Nora… Nora… —llamó una vez más.

El eco, sólo el eco, haciendo estremecer el silencio, las paredes de la casa.

En el centro del *hall*, Ed Davis miró a su alrededor y de nuevo clavó los grises ojos en la escalera.

Había gritado, aquello era obvio para él, no ilusión de sus sentidos, no fruto de una pesadilla.

Ya no vaciló, corrió hacia allí, y empezó a subir los escalones de tres en tres.

El pasillo, frente a sus ojos, y al fondo, la cerrada puerta. El cuarto de Marvin. Pero antes, entre él y la puerta, el cuerpo hecho un ovillo de Nora, su primer amor, su único y último amor.

Se detuvo, con miedo, con verdadero terror de avanzar un solo paso, uno más, hacia ella, por si estaba muerta.

Vacilando, luchando con la angustia que aquello le producía, hasta que por fin se decidió, y por segunda vez en pocos minutos, corrió.

Se arrodilló a su lado, la examinó en silencio, y un suspiro de alivio brotó por entre sus labios, ahora crispados en una línea dura, cruel, cuando se dio cuenta de que vivía.

Tampoco vaciló sobre lo que tenía que hacer.

La levantó entre sus brazos, dio media vuelta y se acercó a la escalera.

Empezó a descender, escalón tras escalón, hasta que alcanzó la

planta baja y de allí el sofá donde la depositó blandamente.

Una botella y una copa de coñac.

«¿Nora o cualquier visitante?», se preguntó tan pronto como la vio.

Pero aquello no importaba, por lo que se acercó a la botella, llenó la copa y fue hacia el sofá.

Sabiendo que Nora no agradecería su visita, que tal vez… hablaran para decirse algo desagradable, como cuando rompieron, se acercó, volvió a arrodillarse y con una mano, le abrió la boca y vertió por entre sus labios gran parte del licor.

Nora se agitó, se estremeció entre sus brazos, pero nada más.

Davis clavó los ojos en la botella y luego en el licor que había en la copa, y procedió a efectuar la misma operación.

CAPÍTULO IV

Con una nueva agitación, esta vez más violenta que la anterior, y que la estremeció de pies a cabeza, Nora suspiró, abrió los ojos, y le miró.

El más abyecto horror se reflejaba en sus pupilas.

Gimió, dio un grito, se sentó en el sofá, como impulsada por un muelle, y murmurando palabras incoherentes, sin sentido, se lanzó contra él.

Davis apenas si tuvo tiempo de sujetarla por las muñecas, evitando de este modo que le marcara el rostro con las uñas.

—¡No…!

Su nuevo grito le taladró los oídos mientras ella, desencajada, se ponía en pie, golpeándole ahora las piernas con sus zapatos, tratando de morderle, con espuma en la boca, víctima de un tremendo ataque de nervios, y sin una sola vacilación, Davis la soltó, y a continuación, de un par de bofetadas, que dejaron marcados sus dedos en ambas mejillas, la lanzó contra el sofá que estuvo a punto de voltear al suelo.

La miró, sin moverse.

Estaba inmóvil, con el rostro pegado al respaldo del sofá, pero ya no gritaba; su boca tampoco pronunciaba palabras incoherentes, sus hombros, morenos y redondos, apenas cubiertos por la escotada blusa, no se estremecían.

Esperó, sin dejar de observarla, atento a cualquiera sabía qué, hasta que de un modo repentino, lenta, muy lentamente, como si tuviera miedo de hacerlo, ladeó hacia él la bella y altiva cabeza y le miró.

Asimismo, Davis vio el terror en sus ojos, que de pronto se agrandaron, muy abiertos, dando paso al asombro.

—¡Tú! ¡Oh, Ed!

Y se puso en pie, y sin una sola vacilación, en un arranque

incontenible, se lanzó entre sus brazos escondiendo la cabeza entre su pecho.

Con uno de sus brazos la rodeó por la cintura y con la otra mano acarició el pelo con dulzura.

—Vamos, Nora, muchacha —dijo suavemente—. No ha pasado nada. Tranquilízate.

Notó cómo se estremecía en tanto levantaba el rostro para mirarle, rostro de nuevo desencajado por el terror.

—¡Está allí, Ed! —exclamó entrecortadamente—. Lo he visto. Allí, en su habitación. Y las moscas. Es… espantoso, querido. ¡Llévame! ¡Sácame de aquí! ¡Ahora!

Y a continuación, como si en aquel momento se hubiera dado cuenta de que estaba entre los brazos de un hombre que no era ya su prometido, aunque lo fuera con anterioridad al rompimiento, se apartó casi bruscamente.

—¡Vámonos, Ed! —exclamó—. Tengo miedo. Estoy… estoy aterrorizada.

No hacía falta que lo jurara, pero Davis deseaba saber algo más. Sentía espoleada su curiosidad.

—Siéntate, pequeña —dijo—, y toma una copa conmigo. ¿Qué fue lo que pasó?

—¡No! ¡No deseo estar aquí ni un segundo más!

—Nos iremos ahora, Nora —cortó Davis, tranquilizador—, pero antes quiero saber por qué gritaste. Lo oí estando fuera y…

—¡Vámonos, Ed! —Miró hacia la escalera y su palidez, de modo súbito se volvió cerúlea—. Está allí, yo le vi. En su habitación, su cadáver hediendo dentro del ataúd, y las moscas. Es… ¡Oh, Ed!

Corrió hacia la puerta, y de una zancada, Davis la sujetó por un brazo. Casi en el acto, Nora se volvió y le prendió por las solapas de la chaqueta, zarandeándole.

—¡Déjame, Ed! ¡Déjame, aunque me pegues otra vez empezaré a gritar! No quiero verlo más, ¿entiendes? No voy a pisar esta casa nunca más.

Armándose de paciencia, pero a punto de perderla. Davis la interrumpió:

—¿Quieres explicarte de una vez para que te entienda, dejando los nervios a un lado, Nora, o voy a creer que eres una histérica incurable?

Ella retrocedió un paso, mirándole con asombro, como si no quisiera dar crédito a lo que oía.

—¿Que yo… que soy una…? Pero, Ed, si está allí, como si hubiera muerto tan sólo hace unos días, en su ataúd… —dilató los ojos llevándose las manos a la garganta y gritó—: Marvin Dors… y las moscas comiéndose su cadá…

Se estremeció, dio una completa vuelta sobre sí misma y Davis apenas si tuvo tiempo para tomarla entre sus brazos antes de que se desplomara al suelo.

Por segunda vez la levantó entre sus brazos y la llevó al sofá.

¿Histeria, alucinación?

Podía serlo. Que él recordara, Nora jamás se había sentido bien en aquella casona, al contrario que su hermana Helen.

¿Vio algo en realidad?

Miró a su alrededor.

Arriba, en la habitación de Marvin Dors.

¿Subir?

¿Y por qué no?

Jamás creyó en aparecidos ni en leyendas más o menos negras, al estilo de la vieja Inglaterra. Ni en fantasmas o vampiros. Ella, Nora, pudo ver algo, cierto, o creyó verlo, y el resto lo hizo su imaginación.

Tras lanzar una mirada a la desmayada muchacha, que ahora respiraba suavemente, y otra al destrozado cristal de la ventana por donde había entrado, Davis se encaminó en derechura hacia la escalera.

Tres o cuatro minutos más tarde se encontraba en el fondo del pasillo, frente a la puerta que daba acceso a la habitación de Marvin.

Se detuvo, lanzando una mirada hacia atrás, en dirección al pasillo, como si presintiera algo sobrenatural allí, hasta que se encogió de hombros diciéndose a sí mismo que los muertos jamás salen de sus tumbas para reposar en el presente, como si fuera el pasado, dentro de un ataúd.

Empujó la puerta.

El hueco, a oscuras, quedó delante de él.

Las lámparas del pasillo que tenía a su espalda iluminaban un tanto la habitación, llenándola de sombras extrañas, y dio un paso

hacia el umbral, luego otro cruzó al lado opuesto y junto al marco buscó el interruptor de la luz y la encendió.

Al fondo la ventana, con sus cortinajes carcomidos, llenos de polvo, lo mismo que los dos sillones y el sofá, exactamente igual que la mesita y el resto del mobiliario, con la estantería cargada de libros, y más allá, la puerta que daba acceso al dormitorio de Marvin Dors.

Davis entró dejando la puerta abierta a su espalda, sin dejar de mirar alrededor suyo.

Nada, todo estaba exactamente igual a como lo dejó hacía varios meses.

Abrió la otra puerta, la de acceso al dormitorio y lanzó una fugaz mirada al lecho, de barandal alto, cubierto con la mosquitera, y entró.

Apartó la mosquitera.

Sábanas, colchas y almohadas polvorientas, amarillentas por el paso de los años. Sábanas que Helen jamás había tocado a pesar de la simpatía que experimentaba por el retrato de Marvin Dors.

Regresó sobre sus pasos, cerró a su espalda la puerta del dormitorio y elevó los ojos hacia la pared, hacia el retrato que desde el lienzo le contemplaba fijamente, con sus malignos ojos verdes, su sonrisa entre cínica y burlona donde parecían quedar plasmados todos los vicios humanos.

Su barba negra, terminada en punta, su levita y su mano, la derecha, desapareciendo entre la levita y el chaleco, como si buscara algo en uno de sus bolsillos.

—Eres un viejo estúpido —murmuró entre dientes—. Le has dado un buen susto a tu pequeña descendiente, Marvin Dors.

Sonrió dando la espalda y ahora, un tanto apresuradamente, Davis cruzó el umbral a la inversa, cerró la puerta a su espalda y avanzó hacia la escalera, para detenerse exactamente en el mismo lugar en que antes lo hiciera Nora.

Mirando hacia abajo, hacia el *hall*, al hombre que se encontraba allí, sentado en el sofá, llevando entre sus manos una de las de Nora, y frunció el ceño mientras que algo muy doloroso le golpeaba el pecho.

Componiendo el gesto, Davis empezó a descender.

Tres, cuatro o cinco escalones, cuando ambos se volvieron a

mirarle. Hubo unos segundos de indecisión por parte de Lajos Sterling, y luego se puso en pie y avanzó a su encuentro.

—Confieso que no esperaba verle en la casona esta noche —dijo. Le miró atentamente y añadió—: Nora no ha podido explicarme a qué vino usted.

—No se lo dije —respondió Davis—. No tuve materialmente tiempo para ello.

Sterling hizo una mueca y respondió:

—Dejemos eso, que ahora no importa. Supongo que subió a la habitación de…

Se interrumpió mientras Davis pensaba que Nora ya le había contado su horrible visión, motivada por…

—Sí.

—¿Y…?

Davis forzó una sonrisa.

—Supongo que…, fue una alucinación motivada por algo de lo cual aún no tengo ni idea.

—¿No?

Davis elevó una ceja en señal interrogativa y en vista de que no añadía más como acompañamiento a aquel gesto, añadió:

—Helen ha muerto. Un desafortunado accidente que… le ha afectado mucho.

—¡Cuernos! ¿Qué Helen ha…? ¡Pero si nadaba como…!

—Aun así, Davis, es cierto. Dice Nora que antes de que… Bueno, de que empezara a ver visiones, vino un tal Merrill, inspector del Departamento de Homicidios a darle la noticia.

Davis le miró pensativamente, desvió los ojos, hacia Nora que aún pálida les contemplaba alternativamente y preguntó:

—¿Cómo sabía ese inspector que ella estaba aquí?

—Eso fue lo que Nora la preguntó también.

—¿Qué explicaciones dio?

—Dijo… dijo… Bueno, que él sabía muchas cosas; que lo sabía todo respecto a ella y a su familia, y a juzgar por lo que habló de sus antepasados, era así.

—¿Cómo?

—Hizo mención de Marvin Dors, y le llamó… Le llamó… ¡Ah, sí!; le llamó chiflado.

Davis estuvo a tiempo de sonreír pero se contuvo a tiempo.

—¿Dónde llevaron el cadáver de Helen? —preguntó.

—A la Morgue. Ese inspector se lo dijo a Nora.

Davis dudó unos segundos e inquirió:

—¿Puedo hablar con ella?

—¿No es eso lo que ha estado haciendo hasta ahora? Vamos, Davis, dígale lo que desee y… Bueno, creo que debo darle las gracias por lo que hizo en su favor, ¿no?

No respondió, se limitó a dar media vuelta y se acercó a la muchacha.

—¿Cómo te encuentras?

—Ahora, con vosotros aquí, mucho mejor —y luego, recordando de pronto, preguntó con voz temblorosa—: ¿Qué… qué viste, Ed?

—¿Dónde? ¿Arriba? Nada, muchacha; absolutamente nada.

—Estás… estás…

—Te digo la verdad, Nora. Si quieres comprobarlo por ti misma, tu prometido y yo podemos acompañarte.

Se estremeció en una sacudida, de pies a cabeza, y negó con la cabeza antes de decir:

—No entraría de nuevo en esa habitación, aunque me dieran todos los dólares del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos.

A sus palabras siguió un largo silencio que el propio Davis rompió, cuando ya Lajos Sterling se estaba acercando a ellos.

—Explícame lo de ese polizonte, ¿quieres? —inquirió.

—Dijo que Helen había muerto.

Poco a poco, con voz pausada, Nora explicó todo lo sucedido, y al terminar, Davis formuló la misma pregunta que con anterioridad formulara a Sterling.

—¿Dónde trasladaron su cuerpo, muchacha?

—A la… a la Morgue… ¡Pobre Helen, Ed!

Y se tapó el rostro con las manos en tanto que Davis daba media vuelta y se encaminaba hacia el teléfono.

La voz de la muchacha le llegó al oído cuando ya tenía la mano sobre el auricular.

—¿Qué vas a hacer?

—Confirmar la noticia —repuso Davis, quizá un tanto fríamente.

—¿Por qué? —preguntó ella—. No estarás pensando que esta visita, con la cual estuve hablando sea… sea otra de mis

alucinaciones de niña histérica, ¿verdad? ¿O no fue eso lo que me llamaste?

Sin contestar a ninguna de sus preguntas, Davis respondió:

—Creo que es lo más indicado en este momento. Ninguno de los tres, y conste que hablo por mí en primer lugar, vamos a quedarnos aquí toda la noche. Por tanto, podemos aprovechar la ocasión para…

Nora jamás llegó a saber o que iba a decir, porque Sterling le interrumpió:

—Deje el teléfono, Davis; llamaré yo.

Sin objetar nada en contra, Davis se apartó de la mesa y se acercó a uno de los sillones donde se dejó caer mientras que el sonido que producía el numerado disco telefónico, al girar, le daba la impresión de que lo invadía todo.

—Residencia de los Dors —le oyó decir—. ¿Quieren decirme si ha llegado no hace mucho el cadáver de una muchacha llamada Helen Dors? Rubia, de unos veintidós años… y… Fue un accidente. Se ahogó.

Siguió un silencio espantosamente largo, que amenazó con desquiciarle los nervios, lo que no había conseguido el terrorífico relato de Nora ni el maligno retrato de Marvin, hasta que de un modo repentino se rompió con una sola palabra.

—Gracias.

A continuación el clic que hizo el auricular cuando Sterling lo depositó sobre su soporte y luego, tras un ligero lapsus, la voz de Nora.

—¿Qué te han dicho, querido?

Sterling dudó unos segundos antes de responder:

—No hay una sola mujer, esta noche por lo menos, ni en todo el día hoy, rubia o morena, ni por accidente, crimen o suicidio, en la Morgue, querida.

Nora se llevó las manos al pecho y lanzó un pequeño y ahogado lamento.

—Pero… pero entonces, ¿creéis acaso que yo… que yo…?

Davis salió en su ayuda al ver que no terminaba con la recién comenzada frase.

—Nadie ha pensado eso sino tú, Nora —dijo.

—En ese caso, ¿quieres explicarme qué diablos…?

—Pudo ser un tipo cualquiera, un vagabundo, que entró aquí buscando algo que llevarse, o simplemente comida.

—No me dio la impresión de ser un vagabundo. Iba demasiado bien vestido para eso —contestó ella.

—¿Cómo era, Nora? —medió Sterling—. Descríbemelo, ¿quieres?

Nada en su voz, en su tono, hacía presumir que se estuviera burlando o que no la creyera, pero a pesar de darse cuenta, Nora le miró con los ojos muy abiertos.

—Era… era… —frunció el ceño, tratando de recordar, y al fin lo describió, terminando con una pregunta—: ¿Qué es lo que piensas, Lajos?

—Un vividor —repuso sin ambages Sterling—. Un tipo que se ha pasado semanas o meses recopilando datos de tu familia y de ti.

—Pero ¿por qué?

Estaba tranquila, sin alteraciones en la voz o en el rostro, en la expresión de sus ojos; tampoco miraba hacia la escalera. Davis lo pensaba así en tanto escuchaba la respuesta de Sterling:

—Es sencillo. Para sacarte unos dólares, por cualquier causa. Por eso incluso te habló de mí, y de Davis, aquí presente. Eso confirma mi teoría, Nora. Verás como más tarde o más temprano, aparece de nuevo, y entonces, llama a la policía, o me llamas a mí, según prefieras.

A sus palabras siguió un largo y pesado silencio, como si los tres ya no tuvieran nada que decirse, o por el contrario experimentaran temor de pronunciar cualquier clase de palabra más.

CAPÍTULO V

Lo rompió Nora.

—¡Llévame a casa, Lajos! —pidió—. Hablaremos de todo esto mañana. Estoy muy cansada y… —miró una vez más hacia la escalera y con gesto maquinal se pasó la mano por la frente—. Quisiera saber —añadió—, si… si todo eso lo soñé, si fue fruto de mi imaginación, pero sé… sé que era cierto, que estaba allí, en el centro de la habitación, hediendo, apestando el ambiente, haciéndolo irrespirable y yo… yo… —se puso en pie mirándoles a ambos, y continuó, con los ojos fijos en Davis que a su vez la había imitado abandonando el sillón en que se sentaba—. Acepto su ofrecimiento, Ed.

—¿Qué…?

Fue una exclamación a dúo, y la muchacha trató de sonreír consiguiéndolo a medias.

—Vamos a subir, los tres. Luego… luego…, Lajos me llevará a la casa.

—¿Y por qué? —preguntó Sterling.

—Pero ¿es que no lo comprendes? Quiero estar segura, quiero convencerme a mí misma de que lo que ha ocurrido esta noche aquí, ha sido fruto de mi imaginación.

—Y cuando te convenzas —repuso Sterling con sorna—, me pedirás que te lleve al psiquiatra, ¿verdad?

—¿Y por qué no? —preguntó ella a su vez, seriamente.

Sterling no respondió, dio media vuelta hacia la escalera, seguido por Nora, y cerrando la marcha, Davis.

Alcanzaban el primer escalón cuando el súbito timbrazo del teléfono les sobresaltó haciéndoles saltar sobre las baldosas del suelo.

De los tres, fue Sterling el que primero se recobró, preguntando:

—¿Quién sabe que estás aquí esta noche, Nora?

—¿Por qué no tratas de averiguarlo tú, querido?

Pero estaba pálida y temblorosa cuando pronunció aquellas palabras, aunque Sterling no se dio cuenta de aquello, ya que de una zancada alcanzó el teléfono y levantó el auricular.

—¿Dígame?

—¿…?

—Sí, aquí es. Soy su prometido. Diga lo que sea, y le trasladaré el recado. *Miss* Dors se encuentra indispuesta.

—¿…?

—¿Qué? ¿Cómo?

—¿…?

Hubo unos segundos de silencio mientras escuchaba, con los ojos llenos de asombro, con algo indefinible en su rostro, duro como el granito, y observándole atentamente, Davis se dio cuenta de que palidecía un poco.

—Gracias, esperaremos.

Siguió un nuevo silencio mientras depositaba el auricular sobre su soporte y a continuación les miró.

Nora cortó el silencio con una pregunta:

—¿Quién era, Lajos?

Claramente vieron cómo tragaba saliva.

—La policía, Nora —repuso.

Y Davis notó que su voz era ronca.

—¿La policía?

—Así es.

Su semblante era enormemente grave cuando se les acercó, añadiendo:

—Del Departamento de Homicidios, querida. Y yo… yo… Bueno, no sé cómo decirte esto.

De nuevo era el rostro cerúleo y desencajado de Nora el que tenía delante, con los labios entreabiertos, ahora sin sangre.

Y un hilo de voz cuando inquirió:

—¿Qué… qué es lo que quieren?

—Helen. Se ahogó en un accidente, no hace ni cinco minutos. ¿Comprendes eso? Fue… fue en la bahía de San Francisco, frente a la antigua prisión de Alcatraz. ¡Cinco minutos, Nora! ¡Cinco y ese hombre, ese Merrill, lo sabía de mucho antes de que ocurriera! ¿Cómo, cómo sabía que iba… que iba a ahogarse?

—¿Está seguro de eso, Sterling? —intervino Davis.

—¡Cuernos! ¿Se ha creído acaso que…?

—No he creído ni dejado de creer nada, ¿entiende? —le interrumpió casi con violencia—. Pero comprenda que es chocante y hasta… hasta… ¿Por qué no llama al Departamento de Homicidios y confirma la noticia?

—Es lo que voy a hacer.

Se volvió en redondo mientras Nora se desplomaba sobre el sillón.

Un par o tres de minutos más tarde, Sterling, mirándoles, dijo:

—Es cierto, Nora, muchacha y lo siento. Lo siento mucho por ti. Han enviado a un inspector por si… por si… Bueno, quieren que les esperemos. Desean hacernos algunas preguntas.

Vacilando, Nora se puso en pie.

—Diles… diles que… que… Lo que tú quieras, Lajos, pero me marcho ahora mismo.

—¡Nora!

—Me voy, ¿comprendes? Mañana, más tranquila, iré a la Morgue y a ese Departamento, y responderé a todas las preguntas que quieran. Pero ahora no Lajos. ¡No! —Casi gritó—. ¡Ni mucho menos!

Tomó el bolso, como siempre se lo puso en bandolera y casi corrió hacia la puerta.

Davis no se movió, tampoco les miraba. Esperaba que ocurriera algo, pero no en realidad lo que sucedió.

Empezaba a hacer girar la llave en la cerradura, cuando Sterling la llamó.

—Nora.

Se inmovilizó por unos segundos y a continuación se volvió a mirarle.

—¿Sí? —dijo.

—No quiero que vayas sola. Que tomes el volante con esos nervios.

—¿No? Pues dime algo mejor, querido.

—Sencillo, muchacha. Alguien tiene que quedarse en la casona para recibir a ese inspector.

—¿Y esperas que lo haga yo? Pues estás…

—No es eso, Nora —le interrumpió él—, pero tampoco quiero

que te vayas sola. Creo que Davis, por esta noche, debe acompañarte. Yo me quedaré aquí para hablar con la policía.

Los segundos de silencio que siguieron se hicieron eternos, hasta que Nora, enfrentándole, preguntó:

—¿Vienes, Ed?

Davis no respondió; avanzó hacia la puerta, seguido por los ojos de Sterling, al que saludó de pasada con un ademán de despedida, diciendo:

—Traeré a Nora mañana. Tendré que recoger mi coche que dejé en la parte trasera o si no puede venir, lo haré yo solo en un taxi.

Sterling no contestó.

Salieron, y media hora más tarde, completamente a solas, Lajos Sterling recibió al inspector de policía.

* * *

—Sube conmigo Ed —dijo apenas detuvo el convertible junto a la enrejada puerta que daba acceso a la escalera del edificio donde tenía su apartamento en Sikyline Boulevard, cerca del Zoo.

Davis la miró largamente antes de responder, y cuando lo hizo fue diciendo la verdad de lo que pensaba en aquel momento.

—Te amo, Nora —dijo—. Te he amado siempre y lo sabes, ¿verdad?

Ella le dedicó una sonrisa que surgió en sus labios, triste y cansada.

—Sí, lo sé. Pero eso no es… ¿Cómo diría yo? No influye para nada en mi decisión de pedirte que subas a mi apartamento. Anda, tomaremos una copa juntos. Me está haciendo falta.

No deseaba hacerlo, pero aquella noche habían ocurrido muchas cosas en torno a ella, por lo que respondió:

—Correcto, Nora, pero nada más que una copa.

—¡Por supuesto, querido! Es exactamente lo que voy a ofrecerte, y ni una más.

No la tocó cuando descendió del coche, cuando cruzó la acera ni cuando ambos entraron en el ascensor y ella pulsó el blanco botón que les lanzó hacia arriba en dirección el decimonoveno piso.

Tampoco lo hizo en el recorrido desde el ascensor hasta la

puerta de su apartamento, y mucho menos cuando ambos se enfrentaron en su interior, en el *living*.

—Siéntate, ¿quieres?

Lo hizo, mirando a su alrededor.

Todo, exactamente todo, estaba igual que cuando entró allí por última vez. Nada había cambiado. Nada había movido Nora de su sitio habitual.

—¿*Whisky*?

—Sí, claro.

—Serviré dos.

Se volvió dándole la espalda, fue al pequeño bar instalado al fondo y de allí al frigorífico de donde tomó unos cubitos de hielo.

Después, unos minutos más tarde, regresó a su lado llevando en las manos sendos vasos más que mediados de licor.

Le dio uno, y Davis se lo llevó a los labios y bebió casi ávidamente, como si tuviera prisa por marcharse de allí cuanto antes, lo que era una realidad.

Lo mediaba cuando le sorprendió la pregunta de ella:

—¿Crees que me estoy volviendo loca, Ed?

—¿Te refieres a…? —empezó él mirándola atentamente.

—Sí, así es. No tiene explicación.

—No, ahora no, pero mañana veremos las cosas de otro modo. Sterling está en estos momentos hablando con la policía y… de ahí vendrá la explicación para todo.

—¿También la de ese hombre que sabía…? Fíjate bien, Ed, que *sabía* que Helen iba a morir ahogada desde un par de horas o tres antes de que el hecho ocurriera. ¿También, Ed?

—Más tarde o más temprano le volveremos a ver, muchacha. Entonces sabremos lo que en realidad ocurrió, y te resultará sencillo. De una sencillez aplastante, Nora.

Elevó el vaso, terminó de un sorbo con el *whisky*, cuando aún ella no había tocado el suyo, y se puso en pie.

—¿Dónde vas, Ed?

Y en su voz había tanto asombro como ronquera.

Con gesto que tuvo algo de mecánico, Davis consultó el reloj de pulsera.

—Se está haciendo tarde, Nora —dijo suavemente—, y debo irme. Mañana te telefonearé para ver cómo…

No terminó, porque ella dio un paso al frente y le prendió, una vez más aquella noche, por las solapas de la chaqueta.

Le zarandeó, pálida, tan pálida como un cadáver.

—No —dijo, nerviosamente—. ¡No quiero quedarme sola, Ed! Quédate. No me dejes esta noche. Esta noche, Ed… no…

Fue entonces, obedeciendo a un mandato de su inconsciente, cuando Davis la prendió por la cintura atrayéndola contra su pecho en forma arrolladora.

—Nora —susurró un segundo antes de aplastar los labios contra los de la muchacha, notando en el acto la caricia de sus uñas en la nuca.

* * *

Tendida en el lecho, a su lado, con las palmas de la mano bajo la nuca, velados un tanto los hermosos ojos por las tupidas y largas pestañas, treinta minutos más tarde, Nora rompió el silencio que desde hacía rato reinaba entre los dos.

—Ed.

—¿Sí?

—¿Sabes?, no deseo que me dejes sola. No lo quiero, ¿comprendes?

—No lo, haré, pequeña. Nunca más lo haré.

—Es… es bonito eso, querido. Y tenía miedo, estaba aterrorizada, y ahora… ahora no, y eso es porque estoy a tu lado. Tengo la impresión de que jamás volveré a tenerlo, pero… pero fue horrible, y tampoco quiero que… que… Bueno, me pregunto, quién sería aquel hombre. Aquel Merrill, y cómo sabía aquello.

Davis hizo una mueca antes de responder.

—¿Por qué no tratas de olvidarlo, por unas horas? Mañana, es decir, hoy, dentro de poco, todo se habrá solucionado. Iremos a la casona —y no pudo darse cuenta cómo de nuevo, una vez más, Nora se estremecía—, invitaremos a alguien, y entre todos trataremos de averiguar qué fue lo que te ocurrió en realidad. Es decir… si tú…

—Mañana —dijo ella en una sonrisa— será cuando empezarán en verdad las complicaciones.

Edward Davis no supo adivinarlo, pero ella pensaba en aquel momento en Lajos Sterling, y en las palabras que como despedida, casi como despedida, pronunciara aquel enigmático y misterioso Merrill, que tanto parecía saber de ella y de sus algunas veces odiosos antepasados.

* * *

El súbito sonido, estridente, que produjo el teléfono que tenía sobre la mesa de su despacho, le sobresaltó un tanto, y al notarlo, se dijo que estaba nervioso.

Que era así, pese a todo, y no sabía cómo remediarlo.

Levantó el auricular pegándoselo al oído, creyendo que se trataba de Sterling, pero no era él ni mucho menos, como no tardó en comprobar.

—¿Ed?

—Hola, amor —respondió—. ¿Qué diablos te ocurre para que después de…?

La voz de Gladys Farrow le interrumpió luego de una cristalina carcajada.

—Para felicitarte.

—Diablos, ¿por qué?

Al otro lado del hilo, Gladys volvió a reír.

—Antes de responderte, querido, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, claro. Vamos, pelirroja, suéltalo.

—¿Qué diablos significa esa historia que cuenta Nora?

—¿Cómo sabes tú eso?

—¡Oh! Bueno, verás, hablé con ella. Vino a verme, ¿comprendes? Y me dijo algunas cosas. Debes estar contento; el pasar una noche con una mujer como Nora, tiene… tiene… Bien, ¿qué hay de esa historia?

—Nada cierto —repuso Davis pensativamente—, salvo la muerte de Helen. Eso sí ha sido una realidad, por desgracia.

Gladys dejó transcurrir unos segundos antes de responder:

—Me invitó.

—¿A ti sola?

—No, claro que no. Pero ¿qué te has creído? Mi marido no se

fiaría, estando tú de por medio.

—Explica eso, ¿quieres?

—¿El qué? ¿Lo de mi marido?

—Nada de eso. Rob es un tonto con una mujer muy hermosa, y no deseo crearle complicaciones.

—Pero ¡Edward! ¿Qué dirá Nora cuando sepa que me estás haciendo el amor por teléfono?

—¡Oh! Eso no me asusta, querida, pero tu marido tiene una automática y la verdad, preciosa, no querría…

—¿No puedes hablar en serio, aunque sea por unos minutos?

—¡Diablos, Gladys! —exclamó Davis—. Eso es lo que estoy haciendo, muchacha.

Ella volvió a reír, y al terminar añadió:

—Nos invitó, como te dije.

—¿Dónde?

—¿No te lo ha dicho?

—No la he visto desde hace unas horas.

—Ya la verás. Al parecer, Nora tiene un extraño proyecto en mente.

—¿Y…?

—Bueno, desea celebrar una fiesta de despedida en la casona.

—Eso no me lo ha dicho. ¿A quién invitó además de vosotros dos?

La voz de *mistress* Farrow tuvo una nota de curiosa cautela cuando respondió:

—A Lajos Sterling, Ed.

Por espacio de más de quince segundos, Davis guardó silencio.

CAPÍTULO VI

Ella misma lo rompió:

—¿Sigues ahí?

—Sí, claro.

—Oye, no te habrás asustado, ¿verdad?

—¿De quién?

La carcajada de ahora no le sorprendió, porque la esperaba.

—De mi marido por supuesto que no, amor. De… de Sterling. Es un mal bicho —hizo una pausa y disparó la pregunta casi sin respirar—: ¿Qué sabes de ese polizonte? ¿De Merrill? ¿O no fue así como dijo que se llamaba?

—Sí, así fue, y la respuesta es nada.

—Es chocante.

Sin responder a aquello, Davis formuló una pregunta:

—¿Puedo saber por qué ibas a felicitarme?

—Por lo de Nora, tonto, aunque no debía hacerlo.

—¿No? ¿Por qué?

—Me siento terriblemente celosa, a pesar de Rob. Él sabe que lo eres todo para mí; que te amo, Ed, y que soy muy desgraciada por causa de esa… esa… Nora.

—¿Quieres irte al diablo, muchacha?

—Por supuesto que sí, Ed. Vamos a estar en su compañía todo el tiempo que nos encontremos en la casona. ¡Ah! Si vas allí antes que nosotros, dale recuerdos a ese maravilloso míster Marvin Dors. A él, o a su cadáver si le ves. Y cuidado con Nora, y ahora te lo digo en serio. Cuídala, es una buena muchacha a la que no le están saliendo bien las cosas.

—¿Algo en particular para que me recomiendes eso?

—No. O por lo menos, no del todo, aunque es muy posible que ella misma te pida que la lleves al psiquiatra. Quizá… quizá por eso quiera volver allí en compañía de unos cuantos amigos. Para

convencerse por sí misma de si debe ir o no. Si en realidad ella *vio* todo aquello, te confieso que es para no dormir durante mucho tiempo.

—¿Para cuándo es la invitación, Gladys?

—Con seguridad aún no lo sé.

—Desearé que sea pronto —repuso Davis, esperando la respuesta.

Que se tradujo en una pregunta, que tampoco le sorprendió:

—¿Por qué?

—Para estar un rato contigo.

—¿A solas?

—Cierto que sí. Confieso que me agradará darte un beso.

—¡Edward!

Y cortó la comunicación riendo.

Pero Davis no reía; pensaba, y ninguno de sus pensamientos era agradables. No concebía el deseo de Nora de volver a la casona, y mucho menos el deseo de que con ellos fuera también Sterling.

¿Qué querría ahora? ¿Enfrentarle con él?

Si era así, ¿qué explicación había para comprender aquel deseo?

Cierto también que Gladys Farrow, su marido y ella eran amigos desde hacía mucho, desde antes, incluso, de que se prometieran ambos. Si mal no recordaba, fue ella quien le presentó al joven matrimonio, y se sintió fascinado por la pelirroja esposa de Rob.

Pero, a pesar de aquella amistad, ¿fue necesario que se lo contara todo, absolutamente todo?

Nerviosamente, Davis apartó a un lado los papeles que tenía sobre la mesa, frente a sus ojos, papeles que examinaba cuando Gladys le llamó, encendió un cigarrillo, aspiró el humo, lo expelió por boca y nariz y tomó el auricular del teléfono.

Marcó, pero no pudo encontrar a Nora en ninguno de los lugares habituales que frecuentaba.

Se puso en pie luego de consultar el reloj.

Del perchero tomó la americana, se la puso, se ajustó un tanto el nudo de la corbata y abandonó las oficinas por la puerta privada, sin anunciar su salida ni siquiera a su secretaria.

Del mismo modo descendió hasta la planta baja, utilizando su ascensor privado, y se encaminó hacia la pequeña centralita de teléfonos.

Lorraine Benton le dedicó una sonrisa tan pronto como le vio frente a ella, al otro lado de la ventanilla.

—¿Desea algo, míster Davis? —preguntó.

—Poca cosa, Lorraine —repuso él—. Si telefonea *miss*… Bueno, si Nora Dors me llama por teléfono, dígale que he salido, pero no sabe dónde, ni cuándo volveré. Dígale que dejé recado diciendo que iría a buscarla sobre las ocho.

—Lo haré así, míster Davis.

—Gracias.

Dio media vuelta y salió a la calle, con el ceño fruncido.

Le molestaba no entender lo que Nora buscaba con aquel inopinado deseo de regresar a la vieja casona señorial de los Dors.

Ella y sus…

Sí, ¿por qué no? Ella y sus malditos antepasados, con el peor de todos; a aquel no menos maldito Marvin Dors, cuyo retrato, si fuera por él, ya haría años que habría ardido en la chimenea del *hall* de la planta baja de la casona, de la quinta, de la cabaña, o como infiernos quisiera llamarla la gente.

De modo inconsciente, Davis pisó la calle y torció a la derecha; y del mismo modo, sin darse cuenta, entró en el bar, yendo directamente a la barra.

El tipo que le viera salir del edificio de oficinas instalado en Arlington Place, y que ahora le seguía pisándole los talones, entró a su vez, y se colocó a su lado, sobre otro de los taburetes.

—¿Qué le sirvo, míster Davis?

Maldita las ganas que tenía de beber, pero una vez que se encontraba allí sin que supiera cómo, respondió:

—Un *whisky*, Lass.

El *barman* se lo sirvió y luego se quedó solo. Davis tomó el vaso, fue a llevárselo a los labios, y en aquel momento oyó la pregunta:

—Míster Edward Davis, ¿no?

Ladeó el rostro para mirarle.

Muy joven, alto, ancho de hombros, atlético, de ojos pardos, muy oscuros y fríos. No sonreía.

—Soy ese que dice —respondió con voz displicente—. ¿Y usted?

—Alfred Stillman, teniente del Departamento de Homicidios de San Francisco, míster Davis.

Hizo una mueca, vaciló, y por fin dio la respuesta:

—Identifíquese, ¿quiere?

Y estaba pensando en cierto Merrill cuando formuló la petición, y así pareció comprenderlo el policía ya que sonrió, sacando la placa del bolsillo del pantalón.

—¿Quiere también mi tarjeta de identificación? —preguntó.

Por unos segundos estuvo tentado de decirle que sí, pero desistió en el último instante.

—No, gracias —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Y bien?

—Quiero hacerle unas preguntas, míster Davis. Aquí, si lo prefiere así, o en otro lugar cualquiera. Usted decide.

—Aquí mismo, teniente.

El policía hizo una seña al *barman*, pidió café solo y preguntó, tan pronto como aquél dio media vuelta y se alejó hacia la cafetera exprés.

—¿Qué hay de ese fantasma, míster Davis? Usted estaba allí aquella noche, ¿verdad?

—Sí, pero que yo sepa, en mi presencia nadie nombró a ningún fantasma. ¿Quién le metió esa rara idea en la cabeza?

—Hice preguntas.

—¿A Nora Dors?

—A ella, pero sólo las indispensables. Las relacionadas con… con la muerte de su hermana. Un desgraciado accidente —dejó transcurrir unos instantes de silencio y añadió sin que Davis intentara interrumpirle—: Pero eso no viene al caso. Me dijeron que sufrió algo así como una horrible pesadilla con respecto a un antepasado suyo. Un tal Marvin Dors, cuyo retrato cuelga en una de las paredes de una de las habitaciones superiores. ¿Me informaron mal?

—No. Y efectivamente, Marvin Dors tuvo parte en la pesadilla, si es que lo fue. La principal, diría yo.

—¿Hace mucho que *miss* Dors sufre de esas…?

Davis le cortó con violencia.

—No voy a contestar a ninguna de esas preguntas, teniente. ¿Está claro?

—Sí, desde luego —una vez más guardó silencio, hasta que preguntó—: ¿Qué hay de ese Merrill, que dicen se presentó, habló con *miss* Dors y le informó de la muerte de su hermana cuando el hecho aún no se había consumado? ¿Le vio usted? ¿Habló con él?

—Eso son tres preguntas, teniente.

—Correcto, míster Davis —repuso Stillman, fríamente—. En realidad, y dando de lado a esas preguntas, ¿qué fue lo que pasó?

Lentamente, como si le costara un inmenso esfuerzo hacerlo, Davis le explicó lo que sabía, diciendo, además, que si entró rompiendo una ventana, lo hizo porque la oyó gritar de un modo que ponía los pelos de punta.

—Creí —terminó con voz oscura—, que la habían matado.

—Pero —cortó el policía—, ¿vio usted a ese Merrill?

Sin saber a dónde quería ir a parar, contestó:

—No, no lo vi. Y ahora, ¿puede decirme quién le dio toda esta información?

—Sí, ¿por qué no? Míster Lajos Sterling, el… prometido de *miss* Dors. Él también estaba allí, y dice que tampoco vio a ese Merrill.

—¿Y eso dónde nos deja? ¿O mejor dicho, dónde le deja a usted?

—Es para cubrir el expediente, míster Davis, y nada más. Ni siquiera se hará mención de estos hechos en la encuesta preliminar.

—¿Que se celebrará?

—El lunes de la semana que viene… y le pido que asista. Es… como un favor…

—Y si no lo hago así —sonrió—. Me enviarán un citatorio, ¿no?

—Cierto.

Calló en espera de que le pusieran el café, lo tomó de un trago, casi hirviendo, y al terminar, añadió:

—Gracias por su colaboración, míster Davis.

Se bajó del taburete cuando le llamó:

—Un momento, teniente.

—¿Sí…?

—¿Qué hay de ese Merrill?

—Nada, porque nadie le vio excepto *miss* Dors. Compréndalo. De haberle visto usted o míster Sterling, la cosa cambia. Buenas tardes.

Consultó el reloj sin contestar.

Cierto, nadie le vio excepto Nora.

Nadie vio nada tampoco en el cuarto de Marvin. Sólo él entró, y podía atestiguar que así era, que todo estaba en su lugar. Luego, aquellas manos huesudas que se habían cerrado en torno a la garganta de la muchacha, tratando de ahogarla…

Tampoco lo comprendía.

Pesadilla o no, iba a hacer caso a Gladys. Nora necesitaba cuidados y estaba dispuesto a dárselos a toda costa.

Ahora, lo que continuaba sin entender, era el extraño deseo de ella. ¿Por qué volver a la mansión?

Se encogió de hombros, se bebió el *whisky*, pagó, y abandonando la barra fue a una cabina telefónica.

Marcó, pero tampoco pudo encontrar a Nora.

Un tanto decepcionado, quizá un poco furioso, con Nora y consigo mismo, Davis depositó el auricular sobre su soporte y salió a la calle.

Una manzana más abajo, en la esquina, tomó un taxi, se reclinó contra el respaldo del asiento y dio la dirección, allá por Argüello Boulevard.

Concretamente el 580 de Argüello Boulevard.

CAPÍTULO VII

Sabía lo que iba a ver tan pronto como se abriera la puerta, pero la realidad superó toda fantasía.

La combinación de nylon, transparente, era negra, y la pelirroja Gladys, desde el otro lado del umbral, sonriéndole, le asaeteaba con los grandes y rasgados ojos, que sonreían casi tanto o más que su boca de labios rojos y sensuales.

—Vamos, querido —dijo—, pasa y no te quedes ahí.

Se apartó un poco, Davis cruzó el umbral, la muchacha cerró a espaldas de los dos y le prendió de un brazo.

—Vamos, amor —añadió—. Tú ya sabes el camino. Y como siempre, estás en tu casa.

Un par de minutos, quizá menos, ambos se enfrentaban en el centro del *living-room*, mirándose a los ojos hasta que con una corta carcajada, Gladys se lanzó entre sus brazos y Davis la prendió por la cintura elevándola sobre sus pies. Luego, por espacio de un par o tres de minutos, ambos dieron vueltas sobre sí mismos, él sin soltarla y ella riendo; se besaron en los labios, fugazmente, como otras veces, y por fin la soltó.

Sin dejar de reír, Gladys invitó:

—Siéntate, ¿quieres?

Davis lo hizo sin pronunciar palabra, sin dejar de mirarla, sintiéndose fascinado por la belleza casi salvaje de la muchacha cuyos ojos grandes e intensamente negros, le asaeteaban de nuevo.

—Dame un cigarrillo, por favor —pidió.

Y se dejó caer en otro de los sillones, frente a él, sin dejar de observarle atentamente mientras sacaba el paquete. Encendió dos, le dio uno, y cuando la primera columna de humo azul se elevó hacia el techo, ella preguntó:

—¿Preocupado, Ed?

Davis respondió con otra pregunta:

—¿Y Rob?

Gladys le sonrió.

—Salió —desvió los ojos hacia el reloj de pared y continuó—: No creo que tarde mucho. Si lo deseas, puedes esperarle —hizo una ligera pausa y volvió a la carga, aunque dando una ligera variante a la pregunta—: ¿Qué es lo que te preocupa, querido?

—¿Tengo cara de estar preocupado por algo?

—¡Claro que sí! Se trata de Nora, ¿verdad?

—Sí, aunque sólo en parte.

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Sí? ¿Y cuál es la otra parte, si es que viniste en realidad para hablarme de ello?

—Pensaba en un tal Merrill. Estuve hablando con la policía.

—¿Merrill? Es el tipo que estuvo hablando con Nora en la casona, ¿no? ¿El que se hizo pasar por inspector o por…?

—Sí, ese mismo.

—¿Qué ocurre ahora con él?

—No van a tratar de buscarle, querida.

—¿No? —Y había asombro en su voz—. ¿Puedes explicarme por qué?

—La policía cree que… Bueno, el caso es que ni Lajos Sterling ni yo le vimos. Es sólo la palabra de Nora, ¿comprendes?

—Siendo así, Ed, aunque nos duela por ella, creo que es lógico.

—¿Lógico? No —negó Davis—. No lo es, ni mucho menos.

Gladys le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué? —preguntó—. Ellos, igual que cualquiera, creen que fue también producto de su imaginación, de una pesadilla o de un sueño. Algo que sólo estaba en su mente y nada más.

—¿Sí?

—¿Qué estás tratando de decirme, Ed?

—Que yo no lo veo así.

—Pero…

—Escucha, Gladys, preciosa. Si fue producto de su imaginación, si fue una fantasía, una pesadilla o una alucinación, ¿cómo pudo saber Nora que su hermana había muerto mucho antes de que efectivamente Helen se ahogara en la bahía?

—¡Ed! ¿No me irás a decir que tú crees en… en…?

—No creo ni dejo de creer, querida, pero para mí, ese Merrill

existe a pesar de toda la opinión policial, y a pesar de lo que pueda pensar el propio Sterling, tú misma, y Rob.

—Yo no he dicho…

—Cierto que no, pero el hecho persiste, conjuntamente con su alucinación. A no ser que…

—¿A no ser…? —insistió Gladys al ver que se interrumpía.

—Nada, pequeña, olvídalo —la miró fijamente unos segundos y preguntó—: ¿Por qué no te quitas ese trapito?

—¡Pero, Ed, amor!

Y su expresión era de puro regocijo.

—¿Por qué no te lo quitas —continuó Davis como si no la hubiera oído—, cambias de indumentaria y te llevo a comer por ahí?

—Eres un sol —y se puso en pie, añadiendo—: Puedes tomarte una copa mientras me cambio. Ya sabes dónde están los licores.

Dio media vuelta dejando en sus retinas su figura esplendorosa de mujer joven y hermosa, apenas cubierta por la transparencia de la negra combinación.

Al quedar solo, Davis se levantó y fue al pequeño pero bien surtido bar donde se preparó un *whisky*.

Casi lo terminaba cuando Gladys hizo su aparición viniendo del interior de su dormitorio.

—¿Has terminado? —preguntó.

Dedicándole una sonrisa, Davis se puso en pie, terminó con el resto del licor de un sorbo y respondió:

—Cuando quieras, pequeña.

—Le dejé una nota a Rob. Anda, vamos. Todo lo días no tengo la suerte de que un tipo guapo y fuerte como tú, me invite a comer.

—¡Eh! ¡Se lo voy a decir!

El ruido de la llave, al girar en el interior de la cerradura de la puerta de acceso al exterior, le interrumpió.

—Ése es Rob.

Davis no respondió, pero se volvió enfrentando la puerta del *living*.

Unos segundos más tarde le tenían frente a ellos.

Alto, fuerte, atildado, de sonrisa abierta, ojos también negros, como los de Gladys y rubio y de edad parecida a la del propio Davis.

Se detuvo en seco, les contempló alternativamente, y extendió la mano hacia Davis.

—¡Diablos Ed! —exclamó mientras se las estrechaban—. ¿Qué haces tú por aquí y a esta hora?

Abrió la boca para responder, pero burlona, más burlona que nunca, Gladys se adelantó a sus deseos.

—Está preocupado por Nora, y vino a depositar sus cuitas en el interior de mi corazón. Me vio en combinación y…

—¡Gladys!

—Me vio en combinación —cortó ella sin inmutarse—, dejé que me abrazara y entre sus brazos, sin que mis pies tocaran la alfombra del suelo dimos unas cuantas vueltas alrededor del *living*, nos dimos un beso, y nos pusimos a hablar. Anda, querido. Dale un golpe por abrazar a tu mujercita. Vamos, ¿a qué esperas para ponerle un ojo así?

Y expresó, con una de sus manos, gráficamente, lo que quería decir con aquella palabra.

Los tres se miraron, alternativamente, y antes de que ninguno de ellos lograra decir nada, Gladys añadió:

—¡Vamos, pégale, marido! ¿O es que todavía no te has dado cuenta de que después del beso, el abrazo, todavía me ha invitado a comer con él?

Volvieron a mirarse y al mismo tiempo, prorrumpieron en una carcajada.

Al terminar, fue Rob Farrow el que preguntó:

—¿Has dicho que nos ibas a invitar a comer, Ed?

—¿Qué…? Oye, la invitación es sólo para tu esposa.

—Bien…, bien. Eso me agrada. Siempre deseé comer en un restaurante cuando otro paga la cuenta. ¿Cuándo nos vamos, muchacho? —Y él mismo se dio la respuesta al continuar—: Ahora mismo, ¿verdad?

Los tres abandonaron el apartamento riendo.

Al parecer, por el momento, la preocupación que embargaba a Davis había desaparecido de su mente.

* * *

Se puso las medias, los zapatos y la combinación; luego hizo lo propio con la minifalda y se acercó a la coqueta de su dormitorio frente a cuyo espejo se sentó.

Terminaba de peinarse cuando oyó el zumbador de la puerta.

Hizo un gesto de desagrado, perezosamente se puso en pie, abandonó el dormitorio, cerró la puerta a su espalda y fue a abrir.

Dilató los ojos cuando le vio, en el pasillo, sonriéndole, y con un ramo de flores en la mano.

Un presente, delicado o no, que jamás hubiese esperado de él.

—¿Puedo pasar?

Por unos segundos, Nora vaciló, dudó en tanto que multitud de pensamientos asaltaron su mente, pero finalmente se apartó del umbral, indicándole que podía pasar.

Cerró a espaldas de los dos, pero sólo lo hizo encajando el pestillo.

—Vamos, pasa. Ya sabes el camino.

Por delante de ella, sin una sola vacilación, llevando aún entre las manos el ramo de flores, Lajos Sterling se encaminó al *living*.

—¿No te sientas?

Y al oírla, un tanto asombrado, se dijo a sí mismo que ella no parecía nerviosa por su presencia allí, una presencia que no sospechaba.

Se dejó caer en uno de los sillones y forzó una sonrisa a la que Nora correspondió, preguntando:

—¿Son para mí?

—¿El qué? ¡Ah, sí! ¡Claro que las traje para ti! —Y añadió mientras que la muchacha las tomaba entre las suyas—: Es como mi regalo… con mi felicitación.

Nora se envaró, y Sterling pudo apreciarlo perfectamente.

—¿Has venido hasta aquí para ponerte desagradable, Lajos? —preguntó.

—¿Yo? Pero Nora, ¿quién te ha metido esa idea en la cabeza? Cierto que no, querida. Te amo demasiado para hacerte ni un solo reproche, que por otra parte no lo mereces. Si acaso los reproches a quien deben hacérselos es a mí.

—¿Por qué?

Sterling sonrió, y ahora no había fingimiento alguno en su sonrisa, tal vez porque estaba diciendo la verdad de lo que había en

su interior, de lo que hubo siempre:

—Porque siempre supe que esto ocurriría más tarde o más temprano.

—¡Lajos!

—Siempre lo supe, pequeña, ¿comprendes? Por eso tenía prisa por casarme contigo. Creí… creí que una vez casados, tú fijarías tu amor en mí, y olvidarías a Ed Davis, pero… pero ocurrió aquello y —la alusión a la vieja casona de los Dors, la hizo estremecer de pies a cabeza y palideció de un modo horrible aunque Sterling no pareció darse cuenta del hecho—. Yo… yo no tengo nada que decir. Sé que fue… que fue…

—¿Fruto de las circunstancias? —Le ayudó ella.

—Sí, así es. O por lo menos, eso es lo que creo yo —hizo una pausa y añadió—: ¿Quieres darme a entender con esas palabras que a pesar de todo no le amas, Nora?

—No, no es eso. Es… ¡Claro que le amo! Le quise siempre, y te pido por ello que me perdones, Lajos.

—Sí, claro, es lo que había supuesto que me dirías.

—¿Crees que miento?

Sterling sacudió la cabeza.

—No. Sé que de no amarle, al día siguiente, no te hubieras casado con él —y añadió después de una brusca pausa—: Vine también a decirte personalmente que acepto tu invitación. ¿Cuándo será?

—Mañana por la noche.

—Lo que no me explico, Nora —repuso Sterling—, es para qué diablos quieres ir allí.

Estaba temblando, con el rostro aún más pálido si cabe, aterrorizada como lo atestiguaba la luz mortecina de sus bellos ojos que hacía tan sólo unos segundos eran brillantes, luminosos, cuando contestó:

—Quiero demostrarme a mí misma una cosa, y demostrársela a los demás.

—¿No tienes miedo ya?

Nora dejó transcurrir unos segundos de silencio y luego contestó con voz temblorosa:

—¿Es que no te das cuenta de que estoy aterrorizada? Pero aun así, quiero… quiero demostraros a todos que no estoy para ir a

visitar a un… un…

—¿Psiquiatra? —Le ayudó Sterling.

—Sí, así es. Ocurrió algo y no fue sólo en mi mente, y voy a tratar de demostrar que fue así. Incluso la no existencia de Merrill, según el Departamento de Homicidios de San Francisco. Y a propósito, Lajos, ¿qué fue lo que hablaron contigo, aquella noche?

Estaba allí, frente a él, temblando, con el rostro desencajado, pálida como la cera, con temblor en los labios, en sus palabras, y no obstante deseaba volver a la vieja casona. No lo entendía.

—Ese Merrill —replicó—, también pudo ser…

—¡No! —chilló ella—. ¡No lo era! O si no, ¿cómo explicas lo que le iba a ocurrir a mi hermana, horas antes de que… de que…? Pero dejemos eso. ¿Qué hablaste aquella noche con ese polizonte? El que enviaron a…

—Sé a quién te refieres, Nora —repuso Sterling con voz calmosa.

—¿Y…?

—Estuvo haciendo preguntas.

—¿Sobre mí?

—Sí, así es, aunque antes me explicó cómo fue lo de tu hermana; lo de Helen.

Nora no respondió, dio media vuelta, se alejó de su lado llevando las flores en la mano, hacia la cocina, y Sterling adivinó que iba en busca de cualquier cacharro para ponerlas en agua.

CAPÍTULO VIII

Cuando minutos más tarde regresó a su lado, continuaba tan pálida como antes, y sin sonreírle.

—Continúa, Lajos —dijo—. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Me hizo algunas preguntas, como ya te dije.

—¡Ya! ¿Qué clase de preguntas?

Mirándola a los ojos, Sterling respondió:

—Quería saber de ti, todo lo que pudiera.

—¿Como por ejemplo? —alentó ella suavemente.

—Si habías sufrido alguna vez esa clase de alucinaciones, si solías hablar sola a menudo… Y en fin, multitud de preguntas más, todas en torno a tu persona.

—¿Y qué le dijiste tú, Lajos? Vamos, responde, ¿qué le dijiste?

—Que no lo sabía con seguridad. Que a pesar de que eras mi prometida, de que nos íbamos a casar, no lo sabía, y no había más verdad que aquélla.

—¡Lajos! Pero eso… eso es… es…

Sterling se puso en pie y ella se interrumpió.

—¿Es que no es cierto, Nora? Yo sólo podía decir una cosa, ciñéndome a la verdad, y era ésa.

—Nunca… nunca esperé eso de ti. No, nunca.

—Pero ¡Nora! ¿Qué podía decirles? ¿Crees acaso que para mí fue agradable? Incluso me preguntaron por ese Merrill a quien nadie conoce, a quien nadie ha visto, sino tú. Lo contrario hubiera sido provocar quizá una investigación que no hubiera servido para nada, a no ser para embrollar más las cosas. Para que los periódicos empezaran a hablar de los Dors, de sus leyendas más o menos terroríficas, espantosas si quieres, y que tu nombre se viera mezclado en todo esto. Gracias… gracias a que pude convencer a ese inspector de policía para que no diera cuenta a los periodistas de todos estos hechos. Por eso sólo llevan la reseña del accidente

sufrido por Helen y que le costó la vida. Es todo lo que podía hacer o decir, en honor a la verdad.

—Correcto, Lajos —repuso ella—. Después de todo, gracias.

—Oye —dijo Sterling, repentinamente—. ¿Por qué no compones un poco esa cara y nos vamos a comer por ahí? Es decir, si no estás esperando a tu marido.

—No espero a nadie hasta la noche, Lajos. Por tanto, —vaciló un poco, forzó una sonrisa y preguntó—: ¿Sin rencores?

—Seguro, Nora, querida. ¡Por supuesto que no los hay!

Se acercó un poco, dando un paso hacia ella, y tras una ligera vacilación, Nora dio otro y le ofreció los labios.

Casi al instante se sintió besada y permaneció allí, aplastada contra él, notando la caricia de sus manos en su cuerpo, por espacio de un par de minutos y por fin se separó, susurrando:

—No está bien esto, pero tenía que hacerlo, Lajos, ¿comprendes? —Y añadió mientras él la soltaba a su vez con pesar—: Es… como una insignificante compensación por lo que te he hecho, y no se repetirá. Quisiera que eso… eso…

—No te esfuerces, muchacha, que te comprendo —repuso Sterling—. Y ahora, ¿nos vamos?

—Sí, claro.

Salieron juntos, llevándola él por la cintura.

* * *

Cuando regresó a su apartamento, estaba cayendo la tarde.

Tenía miedo cuando introdujo la llave en la cerradura. Para ella, la oscuridad era horrible y deseaba como no había deseado nunca, la presencia a su lado de Davis.

Entró tanteando el marco y encendió la luz del pasillo.

Sin apagarla cerró a su espalda corriendo los cerrojos y dando doble vuelta a la llave y fue al *living*, donde abrió las ventanas, pero a pesar de la claridad reinante, también encendió las luces, cosa que hizo en toda la casa.

Hecho esto, Nora fue al bar, se preparó un *whisky* con soda, unos cubitos de hielo y con el vaso en la mano fue al lugar donde tenía instalado el teléfono.

Marcó.

—¿Sí? ¿Dígame?

—¿Gladys?

—¡Nora! ¿Dónde diablos te metes?

—¡Oh! Tuve visita, y salí.

—Y enfadaste a tu marido.

—¿Qué? ¿Es que le has visto?

—¡Claro! E invitó a Rob y a mí a comer. Me dio un beso, y luego nos fuimos por ahí.

—¡Gladys!

—¿Qué?

—Cuando vea a Rob, le daré otro, en compensación.

—Sospecho, Nora, que Rob te lo agradecerá —y se echó a reír, añadiendo—: ¿Querías algo?

—Sí. La fiesta, ¿sabes? Será mañana por la noche, y espero que vengáis.

—Estaremos allí, descuida —hizo una ligera pausa y prosiguió—: ¿Dónde has estado?

—Vino Lajos.

—¡Nora!

—Tenía que recibirle. Compréndelo.

—Sí, creo que sí. ¿Y él?

—Lo aceptó. Es algo que también tenía que hacer. ¡Ah!, irá a la fiesta, si podemos llamarlo así.

Poco más hablaron ya.

Nora cortó la comunicación, tomó el vaso, bebió un poco, y fue a sentarse en el sofá, depositándolo junto a ella, sobre la mesita, y tomando una revista se dispuso a leer, pero lo cierto es que las letras bailaban delante de sus ojos.

Nunca supo cómo ni por qué fue, pero se quedó dormida. La revista se deslizó de sus dedos, sobre su pecho, y de allí continuó deslizándose hasta que cayó al suelo.

Al principio su sueño fue tranquilo, pero poco a poco su respiración se volvió más y más agitada, lo mismo que su hermoso cuerpo que se estremeció sobre el sofá, gimiendo, casi gritando, mientras que la cara horrible, de cuencas vacías, desdentada, con los huesos blancos, lisos, rotos en algunas partes de los pómulos, se iba acercando a ella, lenta, muy lentamente, pero de modo

inexorable.

—Ja, ja, ja, jaaa.

La risa sonando hueca, sin vida, sin alma, y la sangre chorreante por su boca, por el lugar donde necesariamente tenía que estar la comisura de sus labios.

Las manos, sarmentosas, sin piel, sin carne, avanzando hacia su cuello.

Nora se llevó las suyas a su garganta y lanzó un ronco estertor, su rostro se volvía violáceo, la agitación de su pecho era violenta y la respiración nacía silbante por entre sus labios, ahora sin color alguno.

La garganta se le desgarraba, notando cómo las uñas, duras, de acero, se le clavaban en la piel y luego en la sangre. Entonces vio las moscas, patinando, revoloteando por la pelada cabeza, y su grito hendió el aire.

Fue un grito atroz, espeluznante, horrible, mientras gruesas gotas de fría transpiración perlaban su frente, y se sentó en el sofá de un salto, sin dejar de gritar histéricamente, con los ojos fuera de las órbitas y las manos crispadas, agarrotadas sobre su bello cuello de cisne.

Hasta que de un modo repentino, su grito se apagó bruscamente; tan bruscamente, quizá, como había empezado, pero no por eso se apagó el terror animal de sus ojos ni el temblor de sus labios, que articulaban una pregunta que su garganta se negaba a formular.

Y entonces, Merrill, frente a ella, en pie en el centro del *living*, con una copa de licor en la mano, dijo:

—Perdone, *mistress* Davis. No creí que la asustaría de ese modo. Vamos, tómese esto y cálmese.

Antes de que ella se diera cuenta de lo que sucedía, antes de que en su mente entrara la idea de que había vuelto a la realidad de las cosas, de que a pesar de haber encendido las luces su apartamento estaba sumido en una semioscuridad, sólo rota la oscuridad total por la luz de la pequeña lamparilla que había situada junto a la mesita del teléfono, notó el brazo frío de Merrill sobre sus desnudos hombros, y sus no menos largos y bien cuidados dedos, también fríos, sobre su barbilla.

—Vamos, bébase eso.

Lo trasegó casi atragantándose, ahogándose, como impulsada a

hacerlo por una secreta fuerza que la controlaba en aquel momento; tosió, con lágrimas en los ojos, y al terminar, sí pudo articular, con voz extrañamente firme a pesar de su palidez, del horror que todavía perduraba en sus bellos y rasgados ojos de felino.

—¿Cómo ha entrado aquí?

—Por la puerta.

Agrandó los ojos, incrédula, y respondió, con un trémulo en la voz, a pesar de que se iba tranquilizando a pasos agigantados.

—No es cierto. ¡Está mintiendo, Merrill, como me mintió cuando… cuando afirmó que era un inspector de la policía!

Pero a pesar de saberlo con certeza, Nora no tenía miedo de él. Extraño, pero el hecho correspondía a la realidad del momento.

—¿Por qué cree que le estoy mintiendo ahora, *mistress* Davis?

—Cerré la puerta con los cerrojos y doble vuelta de llave.

—Creo que se equivoca. Estaba abierta y por eso…

—Dejémoslo así —cortó ella, desviando los ojos hacia el vaso de *whisky* que se preparara con anterioridad—: ¿Cómo sabe que ahora… ahora…?

—¿Se ha casado usted? —cortó Merrill.

—Sí, así es.

—Bueno, alguien me lo dijo. Tal vez alguno de sus amigos, o el propio Lajos Sterling.

—¡Eso es otra burda mentira, Merrill! —Hizo una pausa, ligera como el viento y añadió—: ¿Quién es usted? Policía no, desde luego. ¿Un vividor que está buscando pescar lo que pueda entre los miembros de la familia Dors?

Le oyó reír, y aquella risa puso, sin saber por qué, un escalofrío en su médula.

—¡Oh, no, nada de eso! ¡Lo que me tenían que dar los Dors, ya me lo dieron! ¡Créame usted!

—¿Sí? En ese caso, ¿quién es usted?

—Todo, menos un vividor, querida. Un curioso. Alguien al que le gusta meterse en la vida de los demás. Por eso vine, para hacerle una advertencia, *mistress* Davis.

—¿Una advertencia? ¿Qué clase de…?

Una vez más, Merrill la interrumpió.

—Me expresé mal —dijo con suavidad—. Quise decir que vine a darle un consejo.

—¿Qué clase de consejo?

—Uno muy sencillo. No vaya a la casona. Por lo menos, no con esa clase de invitados.

—¿También sabe eso?

—En cierta ocasión, *mistress*…

—Sé lo que me dijo —cortó Nora, un tanto secamente—, pero es increíble de todo punto.

—Correcto, es increíble, pero suspenda esa fiesta.

—¿Sí? ¿Por qué he de hacerlo?

Merrill le mostró sus blancos y perfectos dientes en una sonrisa.

—El bucear en el Más Allá, puede resultar peligroso, *mistress* Davis. Puede, incluso, provocar accidentes, y no quiero que le pase nada, ¿comprende?

—¡No! No le entiendo a usted. ¿Qué está tratando de decirme?

—Simplemente que no quiero que le ocurra nada —repuso Merrill, siempre hablando con aquella monotonía en su voz que era su nota característica—. No quisiera, tener que matar a nadie y por causa suya. A pesar de todo lo que se dice, jamás cometí un asesinato y voy a cometerlo si… si continúa con esa idea.

—Continúo sin… sin saber qué me quiere decir.

—Sí, lo sé, pero no vaya a la casona. ¿Recuerda los acantilados?

—Sí, claro —repuso Nora asombrada—: ¿Qué ocurre con esos acantilados?

—Un grito en la noche, un alarido, como los que estaba usted dando hace muy pocos minutos y… y…

El zumbador de la puerta la sobresaltó violentamente y Nora apartó los ojos de Merrill y los fijó en el pasillo.

—¿Qué hora tiene usted?

—Nunca llevo reloj, *mistress* Davis.

Ella ya estaba en pie, frente a él, que retrocedió un paso, como si deseara mantenerse en la semioscuridad reinante.

—Debe ser Edward. Si no le molesta, voy a abrirle. Corrí el cerrojo como le dije a usted.

—Espere.

—¿Sí?

—Bueno, nada, vaya a abrir. Hablaré con ese marido suyo y tal vez… tal vez…

Nora ya no le escuchaba, había dado media vuelta y corría por

el pasillo hacia la puerta, olvidada de todo, incluso del horror que había experimentado hacía poco.

CAPÍTULO IX

Abrió y como esperaba Ed Davis se encontraba al otro lado del dintel.

Cruzó el umbral cuando ella cerró a espaldas de los dos y la prendió de la cintura y los labios se unieron en un prolongado beso.

Al separarse, fue cuando se dio cuenta de su palidez, da la expresión aterrorizada de sus ojos.

—Nora, ¿qué… qué es lo que te ocurre? —preguntó.

—Yo… yo… Bueno, Ed, me quedé dormida en el sofá y… y…

No se atrevía a continuar, y con esfuerzo, Davis trató de ayudarla.

—Soñaste con alguna cosa, ¿no?

—Sí, así es. Y… y… fue espantoso, querido —abrió mucho los ojos, como si repentinamente recordara algo y añadió—: ¡Ed! ¡Lo había olvidado!

—¿Qué es lo que…?

Nora le interrumpió, señalando hacia atrás, sobre su hombro derecho, en dirección al *living*.

—Está allí, ¿sabes? —dijo—. Ha venido a hacernos una visita.

—¿Que está…? ¿Quién está allí?

—Ese hombre —repuso ella—, Merrill. Me confesó que efectivamente, no era de la policía y que…

Davis ya no la escuchaba, el brazo con el que la había rodeado la cintura se desprendió de ella y en dos zancadas atravesó el pasillo.

Nora fue detrás, y al llegar a la puerta, se detuvo en seco, mirando a su alrededor, contemplando las ahora completamente encendidas luces, lo mismo que la del interior de su dormitorio cuya puerta estaba abierta.

De Merrill no había ni rastro.

—¿Dónde dices que está?

La pregunta de Davis la sacó de su asombro y sin responder pasó por su lado en dirección al cuarto matrimonial.

Vacío.

Incluso la ventana que daba acceso a la escalerilla de emergencia para caso de incendio estaba cerrada.

Confusa, con el corazón latiéndole con violencia, notando que sus latidos le hacían daño en el interior del pecho, más aterrorizada también, como una sonámbula, Nora miró alrededor y luego, desesperanzada por completo, volvió los atormentados ojos hacia Davis que a su vez la observaba en silencio, con un frunce en el ceño.

—Se… se ha ido, Ed —susurró.

—Sí, claro —repuso él—. Pero ¿por dónde? ¿Lo has pensado, muchacha?

Casi en el acto la tuvo encima, con las manos crispadas sobre su camisa, zarandeándole, como otras veces, como ya ocurriera en la casona, y oyó su alterada voz, que le caló muy hondo.

—No lo soñé, Ed. ¡Te juro que estaba aquí! Que vino. Yo tuve una pesadilla. Algo horrible y cuando desperté, él, ese Merrill estaba ahí —y señaló el lugar—. En pie, frente a mí y… y me dio una copa de licor.

Miró hacia la mesita, pero la copa brillaba por su ausencia. Tan sólo, exactamente en el lugar que lo dejara un poco antes de que se quedara dormida, estaba el vaso más que mediado de *whisky*.

—No está, ¿verdad?

Volvió a fijar sus ojos en él, consternada hasta lo indecible.

Y volvió a zarandearle cuando estalló de modo incontenible.

—¡No estoy loca, Ed! ¡Dime que no lo estoy! Que no es verdad. Que tú… que tú no crees eso de mí. Él… él estaba aquí, y hablamos. Hablamos hasta que tú nos interrumpiste. ¡No…! —Fue casi un grito—. ¡No, Ed, amor mío, no lo estoy! ¡No estoy loca! ¡No…!

Se convulsionó en un sollozo que la estremeció de pies a cabeza y apretándose contra él, escondió su bella cabeza en su pecho.

—¡Eh, eh, muchacha! Vamos, pequeña, ya está bien. Todo el mundo puede tener una o más pesadillas sin que esté loco. Yo, también las tengo, ¿sabes? Una noche me vi perseguido por King-Kong por las selvas del Amazonas.

Levantó el rostro y le miró con los ojos cuajados de lágrimas y el

inicio de una sonrisa en los labios.

—King-Kong no estaba en el Amazonas, Ed.

—¡Claro que no, querida! ¡Pero vino hasta allí aquella noche, para darse un banquete conmigo!

La enlazó por la cintura y ella, mansamente, pálida aún, muy pálida, se dejó conducir hasta el sofá.

Ed señaló el *whisky*.

—Tómatelo —dijo—. Yo voy a prepararme otro, y luego hablaremos.

Lo hizo, sentándose frente a ella, y bebió un poco.

—¿Más tranquila ahora? —preguntó apenas si lo hubo hecho.

Nora le dedicó una pálida sonrisa.

—Sí, así es —e inquirió, demostrando con aquella pregunta que le conocía perfectamente—: Quieres que hablemos de eso, ¿verdad?

—Sí tú lo deseas…

—¡Por supuesto, querido! —Se mojó los labios con el licor y añadió—: Estuvo aquí, Ed, y no te miento, o por lo menos lo creía así. Yo… ¿De qué hablamos, de la pesadilla, y de… de Merrill?

—Háblame de él. ¿Qué fue lo que te dijo?

Pudo añadir «sí era verdad que había estado allí», pero no lo hizo.

—No quería que fuéramos a la casona. A esa fiesta.

Davis arqueó levemente una ceja.

—¿Por qué?

Mirándole atentamente a los ojos, como si adivinara que él, a pesar de sus palabras tranquilas, de sus preguntas, no la creía, respondió:

—Habló de accidentes y de crímenes. De un crimen. Dijo que no deseaba matar a nadie por mi culpa, y que no fuera allí, y mucho menos con invitados. Tú… tú no me crees, ¿verdad? Estás… estás pensando que también fue fruto de mi fantasía, que fue ni más ni menos que… que una continuación de esa pesadilla. ¿Es o no es así, Ed?

Le había puesto en un brete. Sabía que tenía que contestar, que decir algo, y no sabía qué.

Siempre adivinando, sin que su voz se alterara lo más mínimo, Nora añadió:

—Dejémoslo por esta noche, Ed, y vamos a cenar. La he

preparado yo misma, y espero que te guste.

Se puso en pie, acercándosele, y con un ahogado suspiro, que disimuló perfectamente, Davis la tomó de la cintura y la llevó al comedor.

Cuatro o cinco minutos más tarde empezaban a comer, en silencio, que se prolongó hasta que hubieron terminado.

Fue ya en el *living*, sentados frente a frente, con sendas tazas de café y los cigarrillos entre los dedos, cuando Davis aventuró una pregunta:

—¿Qué has pensado hacer, Nora?

Ella arqueó una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Al consejo que te dio ese… ese Merrill.

—¿Respecto a la fiesta?

—Sí.

—Dije por teléfono a Gladys que sería mañana por la noche y ahora no voy a volverme atrás.

Davis fumó pensativamente por espacio de unos segundos, hasta que dijo:

—¿Qué es lo que tratas de demostrar, Nora?

Por segunda vez, la ceja de Nora se levantó casi de modo imperceptible.

—Nada, en lo que respecta a vosotros; en lo que respecta a ti mismo, Ed, querido. Quiero demostrarme a mí misma que… que… En fin, lo cierto es que vamos a ir. Voy a pasar allí un par de noches o tres y… y… si ocurre, si vuelve a ocurrir, yo misma te pediré que me lleves al psiquiatra. No quiero volverme loca. No, ahora que te tengo a ti.

Con un ligero grito, sin darle tiempo a pronunciar palabra, se puso en pie y se precipitó entre sus brazos.

Un par de minutos más tarde, llevándola como siempre de la cintura, ambos se encaminaron al dormitorio.

CAPÍTULO X

Soltó el vacío vaso de *whisky* sobre la mesa, elevó una pierna, la cabalgó sobre la otra, y les miró uno a uno.

Los muslos eran perfectos, y la combinación rosa melocotón, pero ninguno de los asistentes, incluyendo a Lajos Sterling, pareció darse cuenta del hecho, o de su desfachatez.

Quizá por eso dijo:

—Bueno, Nora, ¿dónde está el monstruo?

El silencio se hizo al instante, y todas las miradas convergieron en ella. ¿Cuánto tiempo hacía que estaban allí?, se preguntó. Y casi al instante la respuesta nació en su mente. No lo sabía. Quizá un par de horas o un poco más.

Bromas, risas, bebidas y cigarrillos, y algún que otro beso fugaz entre la risa y el jolgorio de los demás y la mirada un tanto displicente de Sterling. Una mirada que le crispaba los nervios.

Quizá, también, por eso dijo aquello.

El silencio persistía, como si ninguno de los presentes se atreviera a cortarlo, hasta que la propia Gladys lo hizo.

—¿Dónde está el…?

Ahora sí recibió respuesta.

—¿A qué monstruo te refieres, Gladys?

—¡Oh! ¿A cuál ha de ser? A ese antepasado tuyo, querida. A Marvin Dors. Dime, ¿dónde está?

—En su tumba, aunque si te atreves, si quieres, puedes subir a su habitación. La encontrarás al fondo del pasillo, y tal vez te haga el amor con otro nuevo beso.

Se echaron a reír, pero Davis notó que en aquellas risas había nerviosismo, mucho nerviosismo.

Y ante sus ojos, ante los de los presentes, Gladys se puso en pie.

—Cierto que voy a ir, querida —dijo—. Siempre me gustaron esas leyendas terroríficas. Por cierto, ¿quién fue ese Marvin?

—Un hombre bastante extraño —repuso Nora cuyos hombros se estremecieron un tanto—. Dicen… dicen que… Bueno, que mató a algunos hombres porque sólo entendía un modo de justicia.

—¿Sí? —Las palabras de Gladys sonaron burlonas a los oídos de todos, y Rob Farrow hizo ademán de intervenir pero no pudo, ya que ella añadía en aquel momento—: ¿Qué clase de justicia?

—Le temían, le querían y le odiaban al mismo tiempo —siguió Nora, con la voz un tanto alterada—. Su justicia era expeditiva en la mayoría de las veces. Sostenía la tesis de que el que mataba, el que asesinaba, a su vez tenía que ser muerto, asesinado.

—Pues era una verdadera alhaja —repuso la muchacha, que dando media vuelta se encaminó hacia la escalera del fondo, en tanto que los demás la contemplaban fascinados.

Farrow rompió aquella fascinación al llamarla.

—Gladys.

Se volvió a mirarle, pero no trató siquiera de desandar lo andado.

—Sí.

—Haz el favor de quedarte aquí con nosotros, ¿quieres?

Y ella se echó a reír.

—¿Por qué? —preguntó—. Nora nos trajo aquí para demostrar algo, para demostrárselo a sí misma, y voy a ser yo la que empiece a hacerlo.

Se volvió en redondo y empezó a subir.

Farrow se puso en pie pero Sterling le sujetó por un brazo. Le miró, y sus ojos se encontraron.

—Déjela, míster Farrow —dijo—. ¿O nos va a hacer creer que también tiene miedo de alguien que se pudre bajo tierra desde hace más de cien años? ¿Que tiene miedo a los antepasados de Nora?

—¡Cállate, Lajos!, ¿quieres?

Ladeó el rostro, dejando de mirar a Farrow, enfrentándola.

Nora estaba pálida pero parecía entera.

—Pero, muchacha, no he tratado de burlarme de ti ni de nadie. Para hacerlo, no hubiera venido. Fue… sólo un decir… Una broma.

—De muy mal gusto, y tú lo sabes.

—Correcto, fue así, y te pido disculpas por ello. No deseo ponerte nerviosa.

—¡No vas a ponerme nerviosa esta noche! Ni tú ni nadie,

¿comprendes?

—Por favor, Nora —medió ahora Davis, que hasta el momento se había mantenido en silencio, como alejado de todos y de todo.

Ella le miró.

—Perdona —susurró—. Yo tampoco he querido ponerme desagradable, pero la verdad es que creo que todos estamos un poco nerviosos. Quizá… quizá la única que no lo esté, sea Gladys.

Miró hacia la escalera, hizo un esfuerzo, pero no pudo evitar que en sus pupilas apareciera el miedo que llevaba en su interior desde la noche que se le ocurrió ir allí, a aquel lugar… tratando de entrar en el santuario de Marvin Dors, exactamente como había hecho siempre… aunque en compañía de Helen.

A Gladys ya no se la veía.

Había alcanzado el pasillo, encendiendo las luces, exactamente igual que en su momento ya hiciera Nora.

Miró a su alrededor.

Nada, silencio, pesado, desagradable, pero nada más. No experimentaba tal o cual sensación; no experimentaba lo que Nora había explicado que sintió.

Lentamente se acercó a una de las puertas y la abrió. Luego hizo lo propio con la otra, y con todas las demás. Cuando terminó de lanzar rápidas y fugaces miradas al interior de aquéllas, para convencerse de que no había nadie más que ellos en la casona, se encontraba con la puerta de la que daba acceso a las particulares de Marvin, al alcance de su mano.

La tanteó con los dedos, y luego, escuchó, pegando el oído a la hoja de la madera. No había zumbidos de moscas o moscardones rondando el cuerpo putrefacto de un cadáver, del cadáver de Marvin Dors.

—¡Bah! —exclamó.

Y se echó a reír.

Su risa baja, sin estridencias, llenó de ecos extraños el ancho y largo pasillo, y por primera vez, Gladys se sintió un poco inquieta, porque aquel eco, más que aquello en sí, le parecía ser el sonido de otra risa, en respuesta a la suya, tanto o más burlona que lo fue la de ella.

Vaciló frente a la puerta; y no hubiera entrado de no ser porque en aquel momento pensó que los de abajo, Nora, su marido, Sterling

y Davis, pero sobre todo Sterling, se burlarían de ella y de su miedo.

CAPÍTULO XI

Empujó la puerta, abriéndola, y cruzó el umbral.

Oscuridad total, y sin poderlo evitar se estremeció. Luego, casi al instante, empezó a descubrir algunos objetos debido a la difusa claridad que provenía del pasillo que, ahora quedaba a su espalda.

Gladys tanteó el marco, encontró el interruptor de la luz y lo hizo girar.

Miró a su alrededor.

Nada de particular; una habitación como otra cualquiera, amueblada con el gusto de un siglo atrás, Helen no había ido muchas veces por la casona.

Helen, a la que aquella noche, conjuntamente con su trágica muerte, parecían haber olvidado todos.

La puerta al fondo, al otro lado de la habitación.

¿El dormitorio de Marvin Dors?

Posiblemente sí.

Gladys se encaminó hacia allí y, la empujó y los goznes chirriaron levemente.

Encendió las luces y miró.

Ropas amarillentas, pero nada más, nada de interés.

Se volvió en redondo y sus ojos tropezaron con la estantería repleta de libros y dio un par de pasos hacia aquella dirección, volviendo el rostro para mirar a su alrededor de manera inconsciente, y entonces vio el retrato.

Se sobresaltó, llevándose las manos a los firmes y redondos pechos, ahogó un suspiro, trazó una mueca con sus húmedos y gordezuelos labios y fascinada se acercó con los ojos fijos en aquellos otros que cínicos, fríos e impasibles la contemplaban desde el lienzo.

Se detuvo muy cerca, observando aquel rostro no menos cínico, quizá burlón y el trazo de sus labios.

Entonces habló:

—Conque tú eres el monstruo de la casona, ¿verdad? Cielos, apuesto contra el que quiera que a pesar de… Bueno, tu rostro delata lo que fuiste, pero no hay nada de repulsivo en ti, y confieso que de carne y hueso y a pesar de esa barba que no me gusta, te acariciaría y me dejaría acariciar por ti. Eres… Bien, en realidad, ¿quién fuiste tú, Marvin Dors? ¿Un asesino, un visionario, o simplemente un estúpido que se creyó con derecho a administrar contra grandes y pequeños su propia justicia?

Los ojos, aquellos ojos verdes, de felino, que le recordaban a los de Nora, la fascinaban casi o más que el rostro, e hizo un esfuerzo por dejar de mirarle, cosa que consiguió.

Entonces, con un suspiro de alivio, se volvió dando la espalda, y por segunda vez en pocos minutos la estantería quedó frente a ella.

Gladys podía ser cualquier cosa, incluso, a veces, un espíritu burlón, pero sobre todo era una intelectual. Le gustaba leer, le gustaban, sobre todo, los buenos libros, y allí, en aquella estantería, los había.

Se acercó, y con delicadeza, con las yemas de los dedos, fue acariciando sus polícromos lomos.

Fuera, en el inmenso *hall*, se oían las risas y las conversaciones de los demás, pero ella no les oía.

El pasillo, profusamente iluminado, tal y como lo dejó al entrar en el santuario de Marvin, continuaba en silencio, pero ahora su silencio parecía más espeso, más lúgubre, y quizá más mortal.

Un minuto, dos, tres, algunos más, un cuarto de hora.

Recortada en el marco, con el rostro blanco como un papel, encajando los dientes, los senos alborotados y agitada la respiración, sin poder hablar, tratando de articular palabra pero sin poder conseguirlo, temblorosas las bellas piernas, a punto de perder el conocimiento, Gladys miraba frente a sí misma sin ver.

En su mente estaba la horrible idea de que acababa de descubrir el secreto de las pesadillas de Nora, o por lo menos lo creía así, y aquella idea barría todas las demás.

Sólo había una cosa que no comprendía, para la que su lúcida mente no encontraba la explicación adecuada. Aquel Merrill del que Nora hablaba. No había rastro de él en parte alguna. No había…

Repentinamente se despegó del marco y empezó a correr por el

pasillo, pero no llegó a la escalera.

Se detuvo primero, jadeando, como un animal herido de muerte y se recostó contra la pared. Aquella puerta a su espalda, las luces encendidas de la habitación de Marvin Dors. Tenía que volver, que retroceder, y tenía… tenía que dejarlo todo como lo encontró antes de subir allí.

Retrocedió notando que las piernas le temblaban, temiendo de un momento a otro estallar en gritos, y llegó a la puerta. Desde allí, bajo el umbral, sin entrar en la habitación, Gladys alcanzó el interruptor y apagó la luz, y luego cerró la puerta.

Empezó a andar en sentido inverso, hacia la escalera, como si estuviera ebria, con la mente negándose a admitir la realidad de unos hechos para ella ya consumados.

Las moscas revoloteando sobre un hediondo cadáver.

Sintió náuseas y se detuvo, sin pensar para nada que atrás, a su espalda, quedaba el error claro y palpable que acababa de cometer, al no entrar una vez más en la habitación de Marvin.

Vaciló un poco y de nuevo caminó hacia la escalera.

Una vez más se detuvo, pero ahora cerca ya del barandal, sin dejarse ver de los de abajo que continuaban con sus risas y sus bromas, con sus cigarrillos, cuyo aromático olor llegaba hasta el lugar donde se encontraba.

Las moscas.

Se estremeció de pies a cabeza.

Tenía que descender, tenía que enfrentarse con todos, tenía, por último, que componer el gesto o las preguntas más o menos burlonas estallarían sobre ella y aquella noche no lo deseaba.

Mañana, al día siguiente, a la luz del sol, quizá se aviniera a hablar a solas con Nora, y con su marido. Aquello tenía que pensarlo. Pero despacio, muy bien.

Empezó, por tercera vez, a andar, alcanzando la barandilla de la escalera a la que se sujetó.

Miró hacia abajo.

Nora en un sillón; en otro, a su lado, Ed, su marido y más allá, junto a Rob, Sterling.

Sacudió la pelirroja cabeza, tratando de apartar los inoportunos y terroríficos pensamientos de su mente y descendió al primer escalón. Luego fue otro, otros más, muchos otros más, y finalmente

se vio en el *hall*, avanzando hacia ellos, hasta que la vieron.

Callaron, y el horrible silencio se extendió a su alrededor, envolviéndola como un sudario.

Tragó saliva, deseando comerse su miedo, su horror a todo y por todos, y siguió andando hacia ellos, hasta que la repentina pregunta de su marido la sobresaltó.

—¡Gladys! ¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué te pasa, pequeña?

Trató de sonreír, y fue un verdadero triunfo para ella, ya que lo consiguió.

—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

Se estaba serenando, tenía que continuar la comedia.

Avanzó otros tantos pasos y se detuvo mirándoles alternativamente.

—Vi al monstruo —dijo, ya con los ojos fijos en el semblante demudado de Nora—, y no es tan horrible. Incluso, de no estar colgado tan alto ese cuadro, le hubiera dado un beso. Es… es hermoso. Un hombre así…

—¡Gladys!

Con los ojos rientes se volvió a mirarle.

—¿Qué, Rob? —preguntó, con gesto inocente.

—Pero… Oye, que primero fue Ed y ahora… ahora… Pero ¿con quién diablos me he casado yo?

—Conmigo, querido, nada más que conmigo —dio una vuelta sobre sí misma y preguntó, de nuevo frente a él—: ¿Es que no te gusta mi fachada, cielín? Pero si todo el mundo la admira. Incluso ese monstruo de ahí arriba.

Hubo un coro de carcajadas, con una sola excepción; Nora Davis, que con las manos crispadas sobre los brazos del sillón la miraba por entre las entornadas pestañas en tanto en su mente entraba la idea de que Gladys, su amiga Gladys, estaba representando una comedia, y se preguntaba por qué.

¿Acaso por lo que vio arriba, en la habitación de Marvin, si es que en realidad vio algo?

De sus pensamientos la sacó la voz de Sterling.

—Creo —dijo—, que es bastante tarde, ¿no?

Estaba mirando la esfera de su reloj de pulsera, en pie, casi frente a ella mientras que a su lado, como si quisiera corroborar lo dicho por aquél, Farrow hacía lo propio.

—Sí, creo que lleva razón, Sterling —dijo el marido de Gladys, confirmando sus sospechas. Luego se volvió a mirarla y preguntó—: ¿Nos vamos a dormir? Nora; ¿tú qué opinas?

Instintivamente los ojos de ella fueron a los de su marido.

—¿Edward?

—¿No tienes miedo, Nora?

La muchacha le dedicó una sonrisa.

—No; claro que no. Esta noche no. Estoy contigo, querido. Creo que mi experiencia no ha fracasado, según cómo se mire.

Pero lo mismo que Gladys, ella también estaba mintiendo.

—De acuerdo, si tú lo dices.

La prendió de la cintura en tanto Nora daba la respuesta.

—Las habitaciones están aquí en la planta baja. Lo he dispuesto así. Tú y tu marido, podéis ocupar la que hay al fondo del pasillo. Ed y yo nos quedaremos allí —y señaló la puerta que había al fondo del *hall*, muy cerca de la escalera—. En cuanto a ti, Lajos, te he reservado la tercera a mano derecha, también en el pasillo, Buenas noches a todos.

Empezó a andar, tirando de Davis.

A espaldas de ellos, la pareja formada por los Farrow, caminaba en sentido inverso, hacia el lugar indicado por ella.

Tan sólo Sterling permanecía inmóvil, al lado de la mesa, con el cigarrillo humeante entre los dedos, mirando un punto inconcreto del suelo.

Cuando elevó los ojos, Nora y Davis estaban llegando a la puerta del dormitorio.

Entonces les llamó.

—¡Davis!

Se volvieron a mirarle.

—¿Sí?

—Bueno, me gustaría hablar unos momentos a solas con su esposa, si no le molesta.

De modo instintivo, la mano de la muchacha se crispó sobre su brazo, y Davis la miró aunque no dijo nada.

—Es importante, Nora —añadió Sterling.

Y ella se soltó, yendo a su encuentro, diciendo:

—No tardaré en volver, querido.

Davis dio media vuelta y entró en el dormitorio. Un poco más

allá, a muy pocas yardas, casi en el centro del *hall*, se enfrentaron ambos.

Y de los dos, fue ella la que primero rompió el silencio.

—¿Y bien? —preguntó.

Sterling señaló la escalera.

—Quisiera que me dieras permiso para subir a la habitación de Marvin.

—¡Eh! ¿Por qué?

—¿Viste a tu amiga?

—Sí, claro, pero eso…

—Quisiera subir. Sé que ella vio algo. La vi… Bueno, la vi unos instantes antes de que la vierais vosotros, y tuve la impresión de que… de que estaba a punto de desmayarse.

—¿Y…?

—Quiero saber qué le ocurrió. Quiero saber si… si…

—¿Si también vio algo parecido a lo que yo?

—Sí, claro, eso es.

—Ten cuidado, ¿quieres?

—Lo tendré. Llevo una pistola en el bolsillo. Y… te lo contaré mañana, si es que en realidad hay algo y no sólo sospechas mías; en presencia de tu marido. Buenas noches, Nora.

—Buenas noches, Lajos, aunque no sé si para mí lo serán. El saber que vas a estar ahí arriba…

—Será cuestión de unos minutos. Nada más que unos minutos, muchacha.

Dio media vuelta y sin esperar contestación se acercó a la escalera.

A su espalda, Nora le vio subir, escalón tras escalón, sujetándose a la barandilla, hasta que Davis la llamó desde la entrada de la puerta.

Cuando se encontró a su lado, Sterling había desaparecido de su vista.

—¿Dónde va ése?

—¡Edward!

—¿Dónde va?

—Él, quiere echar un vistazo a la habitación de Marvin.

Davis no respondió, pensaba, y pensando la enlazó por la cintura y la hizo entrar en el dormitorio.

Media hora más tarde hasta los oídos de los dos llegaban los pasos de Sterling, al descender a la planta baja, y a continuación resonando por el *hall* en dirección al lugar donde le habían dispuesto el dormitorio para pasar la noche.

Asida a él con fuerza, tendida a su lado, Nora sufrió un violento estremecimiento que la sacudió de pies a cabeza.

—Quisiera… quisiera —susurró—, saber si vio algo.

A su lado, tendido boca arriba, con los ojos fijos en el techo que no veía debido a la oscuridad reinante en el interior de la habitación, Davis no dijo nada.

Pensaba, y sus pensamientos no eran nada agradables.

CAPÍTULO XII

El ataúd negro, forrado de raso, el cadáver, los ojos desmesuradamente abiertos, espantosamente abiertos fijos en un punto inconcreto del techo, por encima de él, y los cirios, dos y dos a cada lado.

En los pies, y en la cabeza, hediendo mal, haciendo irrespirable el ambiente, y los asquerosos moscardones zumbando, dando vueltas a la habitación, para de nuevo ir a posarse sobre…

Era horrible… e increíble, pero sucedió, había ocurrido.

No podía dormir.

Sus ojos iban hacia la puerta de entrada del dormitorio y de allí a la ventana.

Luna llena, alumbrando los alrededores, los árboles, copudos, altos, viejos, tan viejos y añosos como la casona de los Dors.

Tendido a su lado dándole la espalda, su marido respiraba profundamente, y no lo comprendía.

Se movió inquieta sobre el lecho.

Tenía miedo, verdadero pánico; tanto o más que en su momento pudo tener y… y daría cualquier cosa por no haber ido allí, por no estar tendida en aquella cama, por no haber visto…

Se incorporó, con los ojos dilatados, escuchando.

Nada, no se oía nada. Desde que oyera los pasos de Sterling entrando en su dormitorio, el cerrar la puerta, todo era silencio, y sin embargo, no podía conciliar el sueño.

Ladeó la cabeza para mirarle.

Rob continuaba de espaldas a ella, profundamente dormido.

Fuera el silencio, la calma, las sombras de los árboles y los rayos de la luna rielando por entre el follaje.

La luna llena. Vampiros, hombres lobo, mujeres pantera, y miles y miles de leyendas en las que nunca creyera, en las que nunca creyó, en las que tampoco creía aquella noche.

Se volvió hacia la ventana.

Era completamente imposible dormir, y hasta ella, a pesar de que sabía positivamente que en aquella parte de la casa no podía ser, le pareció oír el ruido de las rompientes.

Suspiró, lanzó una nueva mirada a su marido, saltó de la cama al suelo, se colocó unas zapatillas en los pies descalzos, tomó el salto de cama de nylon blanco y cubrió su hermoso cuerpo desnudo.

Gladys se acercó a la puerta y escuchó.

Nada; la casona estaba en el más completo silencio. A su espalda, Rob continuaba durmiendo profundamente.

Abrió la puerta, sin un solo rumor.

El pasillo y al fondo el espacioso *hall*, aún iluminado.

Pensó que Nora lo había dispuesto así, apagando las lámparas del techo y dejando sólo encendidos un par de apliques, en las paredes.

Empezó a andar, se detuvo en el *hall*, mirando hacia atrás, luego hacia la escalera.

El santuario de Marvin Dors estaba arriba.

Se estremeció volviendo la espalda. Hacía calor en la casona, un inusitado calor.

Se acercó a la puerta, hizo girar la llave y al ir a tirar de la hoja de madera recordó que los goznes chirriaban, por lo que lo hizo poco a poco, no deseando despertar a nadie, sabiendo que no podía dar una explicación plausible de su conducta, sin mencionar otras cosas que por el momento deseaba callar.

También quería pensar a solas.

Lo estaba haciendo ya, pero no coordinaba bien sus ideas.

Salió al exterior.

Miró en todos sentidos y caminó dando la vuelta a la casona. Un par de minutos más tarde, Gladys tomaba la dirección del acantilado.

Poco a poco empezó a llegarle el rumor de las rompientes hasta que éste se intensificó en un rugido que iba y venía, cuando las olas se estrellaban contra las rocas del fondo, a más de doscientas cincuenta yardas de profundidad.

Allí cerca, al borde del acantilado, mirando hacia abajo, el espectáculo sería maravilloso en su grandeza.

La luna llena, alumbraría aquello, dando una nueva visión al

espectáculo, que por otra parte la fascinaba, que la había fascinado siempre, en cuantas ocasiones vino allí acompañada de Helen.

Poco a poco los árboles fueron quedando a su espalda y sus pies, calzados con las silenciosas zapatillas, fueron dejando leves huellas de su paso por entre las rocas y la tierra humedecida por el rocío de la noche, hasta que se detuvo al borde mismo del acantilado.

La espuma de las olas saltaba a inconmensurable altura y el batir de las rocas contra las rompientes era como siempre, fascinante, aterrador.

Una caída por allí, significaría que jamás nadie encontraría el cuerpo, que se destrozaría haciéndose pedazos tan pequeños que jamás se hallarían.

Gladys se ensimismó en sus pensamientos, hasta que de un modo repentino tomó una decisión. Regresar; tenía que despertar a Nora y a Davis, y explicarles todo lo que había visto, todo lo que descubrió en la habitación de aquel antepasado suyo. Del *monstruo* como ella había dado en llamarle.

CAPÍTULO XIII

Tenía que hacerlo, ahora, en aquel momento, sin perder más tiempo del que ya había perdido.

Se volvió en redondo, y sus ojos se dilataron, abriéndose mucho, mucho, mientras que una garra interior agarrotaba su garganta haciendo que el grito que nacía en aquélla se ahogara antes de surgir por entre sus labios.

Paralizada también, incapaz de moverse, porque la muerte estaba allí, frente a ella, avanzando lentamente, paso a paso, inexorable, con los largos brazos extendidos, blancos, sin carne, con los dedos agarrotados y las uñas largas, muy largas, proyectándose hacia ella.

Las cuencas vacías, la horrible y desdentada boca, abierta, y las moscas bailoteando en su interior.

—¡Nooooo…!

Su grito taladró la noche cuando ya los dedos rozaban su garganta y entonces saltó hacia atrás. Su hermoso cuerpo de muñeca de bazar trazó una, extraña pirueta y cayó hacia el vacío, hacia las rompientes, mientras que su espantoso grito iba decreciendo más y más, hasta que se estrelló en las profundidades.

Luego hubo un silencio, la visión terrorífica de la muerte que se inclinaba hacia abajo, mirando, observando las rompientes, la espuma en la cresta de las olas.

Nada.

¡Nada ya!

* * *

La luna declinaba en el horizonte cuando Bob Farrow abrió los ojos, se desperezó sobre la cama, extendió el brazo, palpando a su

lado, y de un salto, como impulsado por un muelle, se sentó.

Miró a su alrededor.

La cama vacía, igual que el dormitorio.

Gladys…

Saltó al suelo, encendió la luz y volvió a mirar.

Las prendas de su mujer estaban allí, todas, excepto el salto de cama de blanco nylon.

Hizo una mueca preguntándose dónde diablos habría ido, con sólo aquella prenda de dormir. No lo comprendía, y al no comprenderlo, uniendo todo aquello al recuerdo de cómo la viera descender del piso superior, le hizo vestirse apresuradamente.

Miró la puerta; abierta, cruzó el umbral y salió al pasillo y de allí al *hall*, donde se detuvo con los ojos fijos en la escalera sumida en la penumbra, dio un par de pasos hacia allí, pero no se atrevía a más.

Aquella casona estaba poseída por algún espíritu maligno, y asombrado consigo mismo ante aquel pensamiento, se dio cuenta de que en aquel momento no sentía deseo alguno de burlarse de las visiones de Nora Davis.

Se volvió en redondo.

La puerta que daba acceso al exterior de la casona también estaba abierta. Farrow frunció el ceño, y anduvo hacia allí saliendo al porche. El silencio era absoluto. Dio un paso fuera, otro, tal vez un tercero, y de un modo repentino pensó que lo mejor era avisar a los demás, aunque después fuera objeto de despiadadas burlas, si a Gladys se le ocurría aparecer de modo inopinado, diciendo que sólo había sido una de sus geniales bromas.

Retrocedió sobre sus pasos, se detuvo frente a la puerta de acceso al dormitorio de los Davis y llamó con los nudillos.

Hubo unos segundos de compás de espera, y volvió a llamar.

Desde el otro lado le contestó la voz soñolienta de Davis.

—¿Qué… qué ocurre?

—Gladys, Ed —respondió con voz ronca—. Ha desaparecido mientras yo estaba dormido.

—¿Qué diablos…?

—Que Gladys ha…

—Espera un momento, Rob —era la voz excitada, aterrorizada de Nora—. Ahora mismo salimos.

Se apartó de la puerta, retrocedió hasta el centro del *hall*, y una vez allí, Farrow empezó a pasearse de un lado para otro, siempre o casi siempre con los ojos fijos en la escalera y la mente hecha un caos.

La verdad, es que empezaba a tener miedo a lo desconocido, al llamado Más Allá, a algo que no comprendía, que nunca comprendió, que siempre le resultó increíble; que para él, siempre y en todo momento fueron leyendas medievales, hasta que les vio aparecer.

Se acercó.

—Explica eso, Rob, pero con calma.

Farrow sacudió la cabeza.

—Me dormí casi al instante —dijo—, y ni siquiera me di cuenta de que Gladys se levantaba. Ahora, ha desaparecido —señaló la puerta que daba acceso al porche y explicó—: Aquella puerta está abierta.

El rostro pálido de Nora, se demudó.

—Yo… yo misma la cerré —y se sujetó nerviosamente al brazo de Davis, añadiendo—: Es… es horrible, Ed. Y yo… yo creí que…

Se interrumpió al ver cómo Davis la miraba, y esperó a que dijera algo, como así fue.

—¿Llamaste a Sterling?

—No, no lo hice.

—Lo haré yo. Creo que es mejor que la busquemos entre los cuatro.

No esperó respuesta, en dos zancadas alcanzó el pasillo para regresar un par o tres de minutos más tarde.

—Lajos no tardará en venir.

Callaron.

Ninguno pronunció palabra hasta que lo hizo el propio Sterling.

—¿Qué es eso que me ha dicho Ed? —inquirió.

—Al parecer Gladys abandonó la habitación hace… Bueno, lo cierto es que nadie lo sabe. Rob se encontraba dormido tan profundamente que ni siquiera la oyó levantarse. Y ha desaparecido.

—¿Sí? —preguntó incrédulo—. Si es así… Bueno tal vez salió a dar un paseo. Tal vez se ahogaba aquí dentro y decidió tomar un poco de aire fresco. La noche, fuera, debe ser agradable. Por lo

menos eso es lo que yo pienso. Creo que la alarma no es…

Nora le cortó con voz ronca:

—Sí es posible, si me dices desde cuándo una mujer se pasea bajo la luna llevando sobre su cuerpo desnudo, por toda prenda un salto de cama de nylon, y unas zapatillas. Incluso sus medias están ahí, en su habitación.

Sterling les miró a los tres, fue a decir algo, y Nora, con el rostro cada vez más demudado, le interrumpió, añadiendo:

—¿Qué fue lo que viste allí arriba, Lajos? ¿Qué viste en la habitación de… de…?

—Nada, Nora —respondió—, y te estoy diciendo la verdad. Nada, por lo que creo que tú sufriste…

La carcajada nerviosa de ella, que llenó de extraños ecos el caserón, le interrumpió:

—¿Sí? Quizá lleves razón, y te la daré, cuando encontremos a Gladys, y según en qué estado —ladeó el rostro para mirar a Davis y continuó—: Hay tres o cuatro linternas por aquí, Ed. Será mejor que las utilicemos.

Lo hicieron así, pero antes de salir al exterior, registraron la casa, primero la planta baja y luego las habitaciones superiores, pero no lo hicieron por separado, sino todos juntos, y también entraron en la habitación de Marvin Dors.

Desde el cuadro, los ojos verdes del hombre que muriera siglo y años atrás, les contemplaban impasibles.

Por fin salieron al exterior, para regresar al caserón cuando ya la luz del nuevo amanecer aparecía por el horizonte.

—Nada.

La voz de Rob, tanto o más pálido que la propia Nora, cuyas piernas temblaban, era un suspiro.

—¿Qué hacemos?

Ante la pregunta de Davis, Sterling dio la respuesta, con los ojos fijos en el teléfono:

—Llamar a la policía.

—¿A la…?

—¿Qué quiere que hagamos entonces, Farrow? ¿Que dejemos las cosas como están? Pues yo no estoy dispuesto a cargar con las consecuencias, si es que en realidad le ocurrió algo desagradable. O avisa usted, o lo hago yo.

Sin pronunciar palabra, mientras Sterling se alejaba hacia el lugar donde descansaba el teléfono, Farrow se dejó caer sobre uno de los sillones, y casi al instante, Davis susurró:

—Será mejor que te sientes tú también, Nora. Yo…, Bueno, voy a preparar algo de beber.

—¿No te parece un poco temprano para…?

—¡Cuernos! —estalló sin poderse contener—. Perdona, querida, pero estoy nervioso, y por otra parte, me está haciendo falta un trago —miró al silencioso y un tanto aterrorizado Farrow cuyo rostro ceniza infundía lástima y preguntó—: ¿Te sirvo algo, Rob?

Ni siquiera le miró cuando le dio la respuesta.

—Sí. Un *whisky*, y sin soda. Gracias.

Davis dio media vuelta y se acercó al armario de los licores. Allí, antes sólo hubo coñac, pero ahora, aquélla noche, trajeron en los coches el resto de las bebidas.

Habían bebido bastante, pero aún quedaba *whisky*. Preparó tres, les dio uno a cada uno y regresando sobre sus pasos tomó el tercero. Se lo llevaba a los labios cuando Sterling dijo, rompiendo el agorero silencio que les envolvía:

—No tardarán en llegar, Farrow.

El marido de Gladys no contestó, con lo que el silencio, intenso hasta lo inverosímil, les envolvió hasta que fuera, y ninguno supo con certeza la tardanza, el tiempo que emplearon en hacerlo, oyeron el chirrido de los frenos del coche de la policía.

Se pusieron en pie, todos al mismo tiempo, encarando la puerta de entrada. Eran cinco, y con ellos venía Alfred Stillman, que se enfrentó con Davis apenas entrar:

—Volvemos a vernos, míster Davis —dijo—, y mucho antes de la encuesta de su cuñada.

—Sí, así es.

—Bien, ¿qué ha ocurrido aquí?

—En realidad no lo sé, inspector. Por el momento parece ser que ha desaparecido una mujer. La esposa de míster Robert Farrow. —Y se lo indicó con un gesto.

Stillman se volvió a mirarle.

—Explique eso, ¿quiere?

Encogiéndose de hombros, Farrow contestó:

—En realidad, poco es lo que puedo decirle. Me quedé dormido

tan pronto como me acosté. Habíamos bebido bastante, pues estábamos celebrando la boda de Nora —mintió en parte—, y no oí cuando se levantó. Luego, al despertarme, noté que no estaba en la cama y que la puerta del dormitorio había sido abierta y…

—¿Cómo iba vestida *miss* Farrow?

—Con un salto de cama, de nylon color blanco.

Antes de formular la siguiente pregunta, Stillman les miró alternativamente:

—¿La buscaron?

—Sí, así es —intervino Sterling—. Yo mismo lo comuniqué a su departamento por teléfono.

Stillman guardó silencio unos segundos, y por fin se enfrentó con sus hombres.

—Vamos a registrar el piso alto —dijo. Volvió los ojos hacia Nora y añadió—: Es decir, si no tiene usted inconveniente, *mistress* Davis.

Ella le dedicó una nerviosa sonrisa.

—No, por supuesto que no.

Stillman dejó a uno de los uniformados policías con ellos y con los otros tres tomó el camino de la escalera. Pocos minutos más tarde, sabiendo que allí no había rastro, nada de interés, entró, seguido de los demás, en el santuario de Marvin Dors, registrando también, sin encontrar nada positivo.

Allí, según él, todo estaba en orden, como en el resto del piso alto.

Al terminar, antes de salir, se detuvo frente a la pintura y la examinó con ojos de experto.

Desde su lugar en el cuadro, los verdes ojos de Marvin Dors parecían mirarle con algo de desafío; también con algo de burla.

Cinco o seis minutos más tarde, todos se encontraban reunidos en el *hall*.

—Registrad la parte exterior —dijo enfrentando a sus hombres —. Nosotros, míster Davis y yo, nos vamos a dar una vuelta por el acantilado. Usted, *mistress* Davis, puede esperarnos aquí.

Nora hizo un gesto.

—No voy a quedarme sola aquí, inspector. No voy a hacerlo, lo ordene quien lo ordene.

—Correcto, *mistress* Davis —repuso el inspector, señalando a uno

de sus hombres—. Joe se quedará con usted.

Salieron sin más, Davis al lado de Stillman, ambos, mientras el resto registraba los alrededores, en compañía de Farrow y Sterling, se encaminaron hacia los acantilados.

Unos minutos, tal vez media hora más tarde, Stillman se detuvo con los ojos fijos en el suelo.

—Mire eso, míster Davis —dijo.

Se inclinó.

Huellas, borrosas huellas, de unas zapatillas, pero nada más.

Ambos hombres se miraron a los ojos y puestos de acuerdo, sin pronunciar palabra, se acercaron al acantilado.

Abajo, las olas continuaban con su terrorífica batalla contra las rocas.

Nada más.

—Vámonos.

Regresaron en silencio.

Los otros se encontraban en el hall, y hacia ellos se dirigió Stillman, con una pregunta que formuló a Farrow.

—Dígame —inquirió—. ¿Tenía motivos su esposa para suicidarse?

—¿Qué? ¡Cuernos! ¡Pero qué…!

—Conteste a mi pregunta, ¿quiere?

—La respuesta es un rotundo no, inspector. ¿Por qué?

—Hay huellas de su paso hacia el acantilado… y… lo siento, míster Farrow. Y ahora, quiero saber dónde estaba cada uno de ustedes cuando ocurrieron los hechos.

Veinte minutos después, Stillman estaba en el mismo lugar del principio. Sin nada consistente contra ninguno de los presentes, pero con un hecho real. Suicidio o no, Gladys Farrow había caído por el acantilado, y su cuerpo nunca sería hallado.

Se fue, diciendo como despedida:

—Hasta que no averigüemos más, les ruego que no abandonen San Francisco, por lo menos sin que yo lo sepa.

Y mediaba el día cuando Farrow, Sterling, Nora y Davis salían definitivamente de la casona, camino de la ciudad, sin pronunciar una sola palabra.

Arriba, en su habitación, el rostro frío, cínico, impasible de Marvin Dors, parecía esperar algo, parecía mantenerse a la

expectativa mientras que la mueca cínica de su boca parecía, también, haberse acentuado.

CAPÍTULO XIV

Tres días; setenta y dos horas, en el transcurso de las cuales había cambiado mucho; tanto, que su rostro, para ella misma, estaba empezando a resultar desconocido.

Continuaba pálido, y ahora en torno a sus ojos, había cercos violáceos que hablaban de largas y angustiosas horas de insomnio, desde que desapareciera Gladys.

«… Un grito en la noche y…».

Merrill una vez más tuvo razón. Supo lo que iba a ocurrir en la casona mucho antes que ocurriera y… y… se lo advirtió.

Aquélla era su pesadilla, algo de lo que no podía hablar con nadie porque ninguno de sus oyentes la creería.

Algo, también, de lo que no podía hablar ni con su propio marido, porque éste opinaba igual que los demás.

Que todo era una pesadilla, fruto de su imaginación, de su mente, tal vez un tanto desquiciada por alguna causa desconocida hasta al momento. No obstante, desde que se quedara dormida en el sofá, aquel atardecer, nada había vuelto a ocurrirle.

Los hechos no se habían repetido.

Tampoco Merrill, si es que alguna vez llegó a existir en realidad, había vuelto a hacer acto de presencia frente a ella.

Se miró al espejo.

Estaba desmejorando a ojos vistas. Su bello rostro se estaba marchitando a pasos agigantados, y temía por lo que aquello pudiera significar para Davis, más que para ella misma.

El timbre del teléfono, que empezó a sonar en aquel instante, apartó los pensamientos de su mente como barridos por un huracán.

Fuera, en la gran ciudad, en la urbe, estaba empezando a caer la tarde.

Dejó de mirarse al espejo, abandonó el dormitorio y en el *living* tomó el auricular y lo levantó.

—¿Sí?
—¿Nora?
—¡Edward, querido! ¿Dónde diablos te has metido? Te estuve esperando para comer y…
Desde el otro lado del hilo, la interrumpió:
—Tuve una visita importante, muchacha —dijo—. Uno de nuestros más importantes accionistas, y procedía de Nueva Orleáns. Tuve que comer con él y con algunos miembros de la dirección, y luego me fui a dar una vuelta por ahí. Prácticamente ni siquiera tuve tiempo de avisarte.
—¿Vas a venir?
—No.
—¡Ed!
—Espero que seas tú la que te reúnas conmigo.
—¿Qué? ¿Dónde?
Hubo un lapsus de silencio antes de que Davis le diera la respuesta.
—Aquí, en la casona.
Nora se tambaleó, y el auricular estuvo a punto de escapársele de los dedos.
—¿En… en la… la… caso…na? —inquirió con voz trémula.
—Sí, así es. Anda, no tardes, que te espero.
Su voz estaba excitada, hasta el extremo de que a pesar de su terror, de su horror por todo aquello, no pudo por menos que notarlo.
—¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué te pasa, Ed?
—¿Pasarme? Ven y te lo contaré. He descubierto el secreto. Sé lo que verdaderamente te ocurrió, ¿comprendes? Sé cómo sucedió todo; incluso la muerte de Gladys, y quiero que lo veas por tus propios ojos. Es… será para ti como un sedante, y espero que con esto pierdas todo tu miedo, todo, todo desaparezca de tu mente, incluyendo esas terribles pesadillas.
—Ed, yo… yo no sé lo que hacer. Estoy… estoy aterrorizada y volver allí, querido… Es… Sería terrible para mí.
—Es lo que estoy tratando de evitar, Nora, que poco a poco termines por… por… Bueno, ven, ¿o es que no tienes confianza en mí?
Con las manos crispadas, la una sobre el pecho y la otra sobre el

auricular del teléfono, temblando, mientras que escenas del pasado cruzaban veloces por delante de sus ojos llenos ahora de terror, respondió:

—Iré ahora mismo, Ed, a pesar de que está oscureciendo.

—Te estaré esperando, querida.

Cortó la comunicación, dio media vuelta, penetró en su dormitorio, del armario ropero tomó el bolso y tras una nueva y larga mirada a su alrededor, Nora se acercó a la puerta que separaba el *living* del pasillo. Al ir a abrirla fue cuando le asaltó el pensamiento, la idea, y a continuación, como empujada por un sexto sentido se acercó al teléfono y marcó un número. Su marido no estaba en la oficina. Salió a comer con unos clientes y todavía no había vuelto. No lo esperaban ya aquella tarde.

Tras unos segundos de vacilación, Nora marcó otro número, y lo hizo temblando.

Al otro lado de la línea repiqueteó el timbre telefónico, durante unos segundos, y al hacer ademán de colgar, levantaron el auricular.

—¿Sí?

—¿Eres tú, Ed?

—¿Te ocurre algo? ¿Vas a venir?

—Sí, ahora mismo salgo, te llamé para decírtelo, querido.

Pero no quiso decirle que si llamó fue precisamente para comprobar su llamada.

* * *

Las estrellas brillaban en el cielo cuando Nora Davis detuvo el convertible frente a los escalones del porche de la casona, y lo primero que vio, antes de abrir la portezuela para descender, fue que las luces del *hall* estaban encendidas, y aquello la tranquilizó un tanto.

Entró, lanzando una rápida y circular mirada a su alrededor.

Se estremeció; el silencio era impresionante, el mismo silencio de la primera noche que…

Sacudió la cabeza deseando apartar los pensamientos, y llamó:

—Ed. ¡Edward!

El eco, que se le antojó trágicamente burlón, fue la respuesta que recibió.

Vaciló un poco, asustada, tanto o más que estuviera en un principio hasta que súbitamente dio un par de pasos hacia el centro del hall y llamó por segunda vez:

—¡Edward! ¿Estás ahí, Edward?

Hubo un ligero silencio y la voz de Davis sonó viniendo de la planta superior.

—¡Eh! Sube, Nora. Estoy en la habitación de ese antepasado tuyo. De Marvin. Vamos, date prisa, y verás lo que encontré.

Antes de que terminara de hablar, Nora ya estaba junto a los primeros peldaños de la escalera.

No supo cómo ocurrió, pero lo cierto es que de pronto se vio frente a la puerta, y del mismo modo, inconscientemente, cruzó el umbral, dio un par de pasos hacia el interior y se detuvo perpleja.

Todo estaba exactamente igual que cuando entrara con la policía, días atrás salvo una cosa; la pesada estantería cargada de libros se había corrido a un lado mostrando el hueco oscuro, negro, de una puerta, abierta ahora.

A su espalda, la que daba al pasillo, se cerró.

Nora se volvió con un ligero grito, se tambaleó un poco, como si repentinamente lo hubiera adivinado todo, y preguntó con voz ronca:

—¿Tú?

Lajos Sterling se echó a reír, y su risa la sobresaltó.

Estaba asustada, temerosa, pero no aterrorizada. No era lo mismo enfrentarse a un hombre, aunque en la mano llevara una pesada automática, que con el Más Allá, con Marvin Dors.

—Pues claro que sí.

—¿Tú… tú mataste a Gladys, Lajos?

—Querida —dijo dando un paso hacia ella—, yo ni siquiera la toqué. Se cayó hacia atrás, sobre las rompientes y las olas. Fue un salto magnifico, impresionante.

—Pero… pero ¿por qué? ¿Qué vas a hacer conmigo? ¿Y… y mi marido? ¿Qué has hecho de él?

—Todo a su debido tiempo, Nora, querida. Todo a su debido tiempo, porque él va a venir.

—¿Qué…?

—Cierto. ¿Sabes? Ésta es otra de mis importantes facetas, la de imitador. Aprendí de pequeño. Te llamé a ti, con su voz, y luego —hizo una ligera pausa y Nora, frente a él, desorbitó los ojos cuando le oyó añadir—: Nora, pequeña, ¿eres tú?

A continuación estalló su risa de un modo repentino, se lanzó contra él. La bofetada la alcanzó a un lado de la cara y la tiró al suelo donde dio un par de vueltas, hasta quedar sentada.

Frente a ella, Sterling no se movió.

—La próxima vez, querida, te daré con la pistola —dijo.

Nora se puso trabajosamente en pie.

—No… no es posible. Tú… tú no puedes ser la Muerte, sus manos y ese… ese horrible cadáver que yo vi, y las moscas… las moscas zumbando.

—Cierto que sí, querida. Un muñeco de plástico del tamaño de un hombre, una buena pintura, un traje de la época que encontré dentro de un arcón, en esa habitación que hay detrás de la estantería, un par de velas a los pies y otras dos en… o junto a su cabeza, la habitación completamente a oscuras, y el efecto, tú misma lo viste.

Soltó una estentórea carcajada, demente, y añadió:

—Ojos de cristal y párpados postizos. Ese retrato de ahí, me sirvió para pintar sus facciones y el resto. Y moscas, grandes cajas de moscas hambrientas y miel en las ropas del cadáver. Fue mágico en verdad. Nunca creí que causara en ti tanto… tanto…

—¡Estás loco!

—Sí, puede que sí, querida, y mi locura te llevará a la tumba.

—Caerás. Más tarde o más temprano todos caen.

—Yo no —aseguró con voz salvaje y dando otro paso hacia ella, con lo que Nora retrocedió dos—. Yo no. Tu cadáver será enterrado ahí dentro, sin huella, querida. Luego haré lo propio con Davis y me iré llevándome todo lo que traje, noche a noche, durante meses —se echó a reír una vez más y añadió, como obsesionado por aquella idea—: Las moscas. No creas, no las cogí yo, pero conozco gente que por un centavo, aunque me tomaron por chiflado, las fueron cazando una a una, quizá en los vertederos de la ciudad. Cajas grandes, Nora, querida, con tela metálica para que pudieran respirar. Las solté aquella noche y…

—¿Por qué mataste a Gladys?

—Ella de un modo u otro descubrió esta habitación y vio todo lo que había. Las cajas, el ataúd negro, y el muñeco que todavía está dentro, y moscas muertas, moscas. ¿Lo recuerdas, Nora? Salió asustada y encajó mal la librería. Yo subí luego y ella… ella no debió jamás abandonar esa habitación, la de su marido, por lo menos aquella noche.

—¡Mientes! ¡Estás mintiendo! Tú… esas manos de dedos… que me… que…

—Eso también fue lo que vio Gladys aquella noche, querida. Es… un mono de sarga azul, que teñí de negro. Me lo puse luego de pintarle un esqueleto humano con pintura fluorescente. ¡Fue fantástico!, ¿verdad? Digno de una de tus malditas leyendas.

—Y todo esto, Lajos, ¿por qué?

—¿Pero no lo entiendes? Estoy sin un centavo, querida, y necesitaba tus dólares. Yo… bueno, empecé antes con tu *tratamiento* porque… porque deseaba, luego de casados, ponerte en manos de un psiquiatra. De ahí a que me dieran la administración de tu fortuna, mediaba un paso. Así de sencillo, pero aquella noche cometí el error de enviarte a tu casa con Davis, y te casaste con él. Por eso… por eso vas a morir, y por eso murió Gladys.

—Mi hermana…

—Simple accidente, en el cual no tuve parte. Estaba contigo cuando ocurrió. Ahora…

Dio otro paso y Nora, con el rostro blanco, le interrumpió.

—Queda Merrill, Lajos. Él habló conmigo. Él sabía lo que iba a ocurrir con Gladys. Lo supo exactamente como supo lo de Helen. Tú no podías…

—Eso sí es obra de tu fantasía, de tus nervios desquiciados, querida o tal vez… tal vez…

Se volvió en redondo, cara al retrato de Marvin Dors y estalló en una carcajada que puso el vello de punta a la aterrorizada muchacha.

—Tal vez lo hizo él. Ese estúpido tipo con la barbilla —manoteó delante del rostro, siempre con la automática en la mano y siguió—: Él y sólo él. ¿Cómo no pensamos en su reencarnación, querida, en la figura de Merrill? El hombre de su propia justicia trasplantado a esta época. El hombre que dijo que el que mata debe ser…

Su propia carcajada le interrumpió y fue entonces, cuando

vuelto de espaldas a ella continuaba riendo, el momento en que Nora saltó hacia la puerta, la abrió de un tirón, cerró encajando el pestillo, dio una vuelta a la llave y corrió por el pasillo, alcanzó la escalera, y jadeando llegó al *hall*, justo en el momento en que frente a ella, viniendo del exterior, entraba Davis acompañado del inspector Stillman.

Como un huracán cayó ella en los brazos de su marido.

—Ed. ¡Está ahí! Arriba, en la habitación de Marvin, y está… está loco. Él obligó a Gladys…

—¡Vamos!

Stillman cortó sus exclamaciones y pistola en mano corrieron escalera arriba. Los tres, aunque Nora se quedó algo más atrás.

El pasillo, y al fondo la puerta, cuya llave continuaba en el interior de la cerradura por la parte de fuera. Davis y Stillman se detuvieron frente a aquélla, escuchando.

Silencio, que de pronto se quebró en un grito espeluznante; un grito que nacía en la garganta de Sterling:

—¡Noooo…!

A continuación, sin transición alguna, hubo el estallido de dos disparos, hechos indudablemente con una automática de gran calibre, y luego, con un intervalo de un par o tres de segundos, uno más, éste como el ladrido de un arma pequeña, muy pequeña, al que siguió el ruido que produjo un cuerpo al caer al suelo.

Stillman no vaciló, con la automática por delante de su cuerpo, tomó la llave, abrió, y cruzó el umbral seguido de Davis.

Nada había cambiado allí, salvo que el cuerpo de Sterling se encontraba en el suelo, caído boca arriba, con los ojos espantosamente fijos en el techo, y con un negro agujero en el centro de la frente.

—Se volvió loco —murmuró Stillman—. Disparó dos veces y se suicidó después —miró a su alrededor, y al clavar los ojos en el retrato de Marvin Dors, exclamó—: ¡Cristo! ¿Ha visto eso?

El cuadro presentaba los orificios de dos balas.

Una en el lienzo, rozando el marco, y otra había hecho desaparecer uno de los verdes y cínicos ojos. Por lo demás, todo estaba igual.

—Estaba loco. ¿A quién se le ocurre pegarle un par de tiros a un cuadro y luego meterse un balazo en la cabeza? Enviaré a que se

lleven todo esto —miró a Nora y añadió—: Y ahora, si no le sabe mal, le ruego me diga lo que ocurrió en realidad.

Nora, lo explicó en contadas palabras y terminó con una pregunta hecha a su marido:

—¿Cómo viniste tan oportunamente? Él me dijo… me dijo…

—Me llamó imitando tu voz, ¿no? Sí, eso fue lo que hizo, pero había algo que no me era familiar. Algo leve que quizá en otras circunstancias hubiera pasado desapercibido para mí, y llamé a míster Stillman. Pronto nos pusimos de acuerdo. Para la policía el sospechoso ideal era… era Sterling —la prendió de la cintura y seguidos por Stillman alcanzaron la planta baja, allí añadió—: No podían hacer nada, porque no había pruebas, ni indicios. Eso es todo, Nora, querida. Ahora habrán acabado tus pesadillas.

La muchacha no contestó; diez minutos más tarde, se iban dejando solo al inspector que quedó allí, después de llamar a la ambulancia para que se llevaran el cadáver de Lajos Sterling.

Dos días más tarde, el examen de balística confirmó que Sterling no se había suicidado, sino que fue muerto a su vez, por una bala procedente de una pequeña pistola que en el año 1800 se usaba bastante, sobre todo entre los jugadores de ventaja del Mississippi, y al saberlo, Stillman se juró a sí mismo que jamás pondría los pies en la casona.

Pero la versión oficial que dio fue la de que se había suicidado.

EPÍLOGO

Aquella noche, cuando se enteraron del hecho, sentados ambos frente a frente, Nora susurró:

—El… él era Merrill, Ed. Tenía que serlo. El *sí* podía saber las cosas con anticipación. Como lo de Helen y Gladys. Siempre… siempre tuve miedo a ese retrato y no deseaba hacerme daño alguno. Estaba… me estaba protegiendo. Sospecho que cuando me fui… me fui… Lajos vio algo y enloquecido disparó contra él y Marvin… Marvin le mató, cumpliendo así, una vez más, su propia ley.

Davis bebió un poco sin dejar de observarla atentamente, y al terminar preguntó:

—¿Cómo estás tan segura?

—Dime tú o explícame algo factible respecto a eso, Ed. Por otra parte, ¿te has fijado que se hizo ese retrato llevando la mano en el interior de la levita, entre ésta y el chaleco?

—Sí, claro. Pero eso…

—Dice la leyenda, Ed, que Marvin Dors siempre llevaba consigo un Derringer de cañón cortado. Eso dice su leyenda, y yo… yo no encuentro argumentos, después de lo pasado, de lo que hemos visto, para rebatirla.

Davis tampoco, por lo que no contestó.

Y también, quizá, no lo hizo porque ahora sí sabía que los hechos ocurrieron como Nora decía.

Marvin Dors, había cumplido una vez más su propia justicia, en defensa de una de sus descendientes.

Tomó la copa, la elevó sin dejar de mirarla, sonrió, haciendo un esfuerzo para conseguirlo y brindó:

—Por ti, Nora. Por nosotros.

Ella le mostró los menudos e iguales dientecillos en una luminosa sonrisa.

FIN